
UNES DE REVOLUCION

director:
guillermo cabrera infante
sub-director:
pablo armando fernández
diseño y emplanaje:
tony évora
número 71, agosto 8 de 1960
el dibujo de la portada
es, por supuesto,
de picasso



En el vestíbulo de un céntrico hotel habanero un turista lo leía con un diccionario al lado, mientras se pasaba la mano por el pelo en un gesto preocupado.

En la redacción de un periódico, un fotógrafo, con los pies sobre la mesa y un tabaco en la boca, lo leía con visible deleite.

Una oficinista lo llevaba bajo el brazo, camino de su trabajo; y un joven, tan joven que la barba comenzaba a asomar tímidamente, lo leía en una guagua a las doce del día entre tumbos del vehículo y codazos del resto del pasaje.

Toda esta gente leía el segundo tomo de "El Ingenioso Hidalgo, Don Quijote de la Mancha", de Don Miguel de Cervantes y Saavedra, que la Imprenta Nacional acaba de publicar al precio (igual que el tomo anterior y los dos subsiguientes), de veinticinco centavos.

A juzgar por la demostración popular, el libro ha sido recibido con gran entusiasmo, lo que corroboraron los editores del libro.

"Ha sido magnífica la acogida —dice uno de ellos—, mejor todavía de lo que esperábamos."

Con esta edición "LUNES" ha querido sumarse al coro de alborozos y también incluir un fragmento sobre Cervantes y el Quijote escrito por el cubano Justo de Lara.

José de Armas y Cárdenas (Justo de Lara), nació en Guanabacoa en 1866. Es considerado como uno de nuestros más conocidos y respetados eruditos. Sus estudios sobre Cervantes y el Quijote le dieron fama. Dejó un magnífico ensayo sobre Marlowe, y su Fausto, que es tal vez el mejor ensayo literario que se ha escrito en Cuba durante el siglo pasado. Justo de Lara vivió muchos años en España, y allí publicó, **Ensayos Críticos de Literatura Inglesa y Española** y **Estudios y Retratos.** El trabajo que reproducimos está tomado de su libro, **Cervantes y el Quijote** (1905), en el cual recogió todos sus estudios sobre temas cervantinos. El libro está escrito con gran amenidad. Hace un análisis de la situación política y social de España en el siglo XVII y el modo cómo ésta se reflejó en **El Quijote.** Durante mucho tiempo se ha asegurado que Justo de Lara es un escritor frío e indiferente. Creo que es hora que los cubanos nos arranquemos unos cuantos clisés de la cabeza y revaluemos nuestros autores. Mucho servirían en este sentido los artículos que Justo de Lara escribió durante la guerra del 14, y cuando era corresponsal de "The Sun", durante nuestra Guerra de Independencia. La afirmación de la frialdad de su corazón se convertiría en una falacia. Justo de Lara murió en La Habana el 28 de diciembre de 1919.

EL QUIJOTE Y SU TIEMPO

por JOSE DE ARMAS Y CARDENAS -justo de lara-

El cuadro que presentaba España cuando la aparición del **Quijote** (1604), era en verdad, triste y sombrío. Cervantes lo abarcó de una mirada y como en la historia más imparcial del tiempo, podría estudiarse en las páginas del **Quijote.** A pesar de los galeones de América (que jamás alcanzaban como hemos visto, a remediar con sus barras de oro las necesidades públicas ni privadas) la pobreza y hasta el hambre (que también pintó Quevedo en admirables rasgos) reinaban tiránicamente en el vasto territorio de la Península. La escasez de las ventas, los apuros de Sancho Panza y las flaquezas de sus alforjas, están en la memoria de todos. Hasta los nobles de más lujo y boato (como acontecía a los Duques de Villahermosa) estaban llenos de trampas y de deudas. En 1596 "no había un real en Castilla", según refiere un historiador contemporáneo, habiendo desaparecido en pocos meses, para satisfacer las famélicas necesidades del tesoro y de la nobleza, más de treinta y cinco millones que entraron el año anterior por Sanlúcar. Disimulaban los nobles la verdad de su miserable estado con aquel fiero orgullo español, que mantiene el ánimo arrogante y la frente alta en los mayores infortunios de la vida; pero el ojo observador podía comprender que tanta empinada grandeza se cubría muchas veces con capas raídas o trajes mal zurcidos y que ayunaban por fuerza los soberbios hidalgos. "Tú, segunda pobreza que eres de lo que yo hablo, (escribió Cervantes en uno de los párrafos más inspirados de su libro) ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿por qué los obligas a dar pantalia a los zapatos y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cercas y otros de vidrio? ¿por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde?... Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita del palillo de dientes con que sale a la calle, después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos; miserable de aquél, digo, que tienen la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herrezuelo y el hambre de su estómago".

Nada de extraño tiene pues, que con estómagos ligeros o vacíos se hicieran grandes locuras y se acometieran empresas disparatadas. "Le hago saber que imagino, (exclamaba uno de los personajes del **Quijote**), como quien ha pasado por ellos, que todas nuestras locuras proceden de tener todos los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire". No se templaban a la dura prueba de la reflexión y la experiencia los planes concebidos por la exaltada fantasía: muy al contrario, cerrábanse los ojos a la realidad, como si el mundo fuera siempre cual se sueña y no cual se conoce por los hechos. Procediendo de modo tan opuesto a la verdad, negábase don Quijote a ver cosas como eran (de aquí la contienda inmortal sobre el yelmo de Membrino) y entre otros rasgos de su locura, que parecen contener críticas de carácter general, negábase, también, a probar por segunda vez si la celada que había hecho de cartón resistiría o no los golpes de su tizona, admitiéndola, sin más experiencia, por obra fortísima de acero.

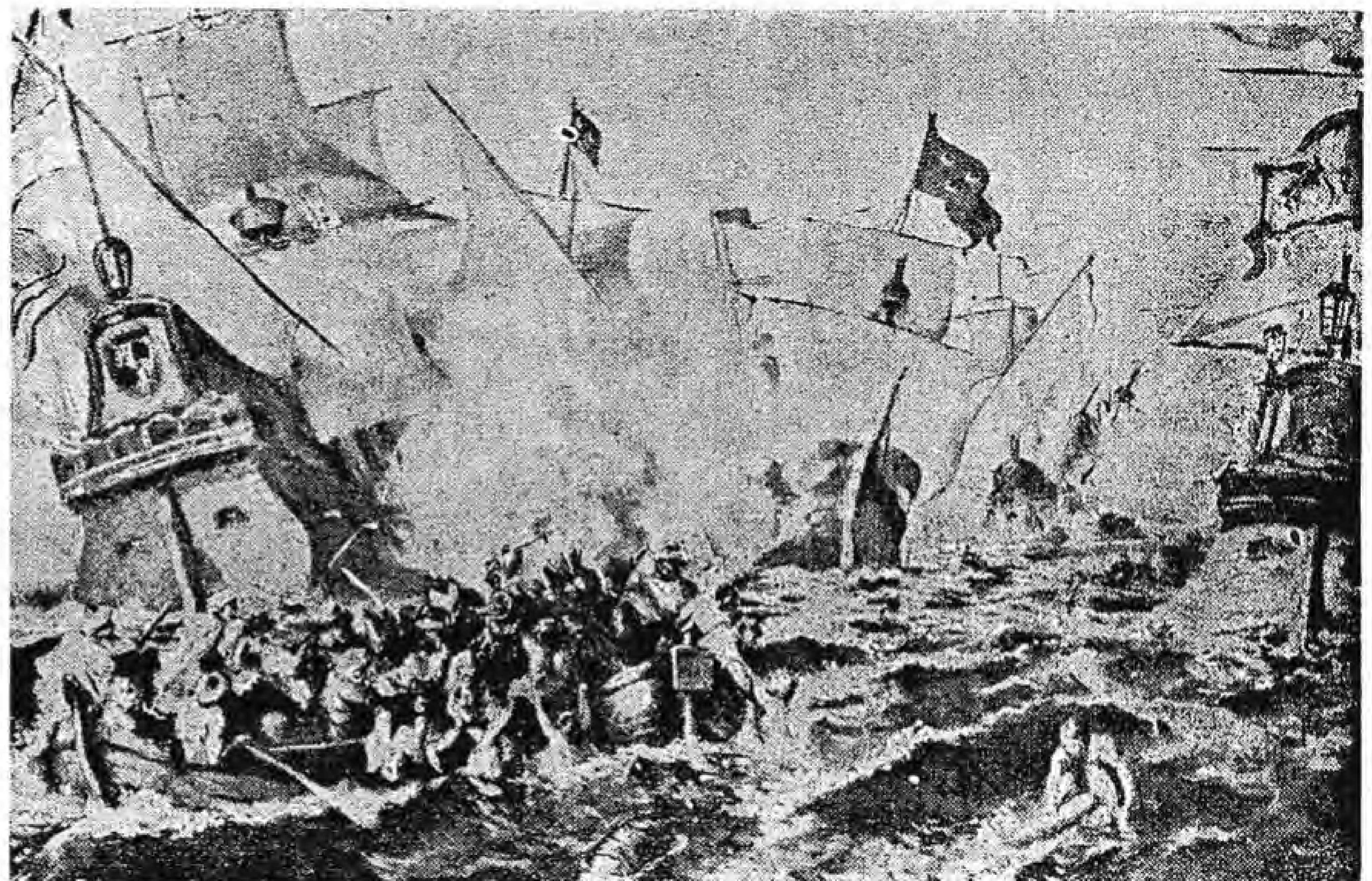
No obstaba aquella situación de general penuria, a la que en tiempo tan corto, relativamente, había llegado la nación después de la época grandiosa de los Reyes Católicos, para que altos y bajos, grandes y plebeyos, estuvieran dispuestos a seguir la mala política de acometer empresas de gigantes, ajenas a sus verdaderos intereses y para las que siempre les sobró, sin duda, el ánimo, pero les faltaron los recursos. Ni siquiera guardaron en privado la previsión y el hábito de ahorro en que ya desde entonces se fundó la superioridad económica de los franceses, además de las ventajas de una tierra más fértil. Aunque pobres, eran pródigos. Los viajeros que visitaron España en el siglo XVII, entre ellos el ya citado Aarsens de Sommerdyck (y cuando la situación se agravó a un punto increíble, la Condesa de Aulnoy y el penetrante embajador Marqués de Villars) hablan de la esplendidez rumbosa de los españoles, no obstante el gravísimo estado de sus haciendas. Don Quijote es un trájico ejemplo de esta conducta, pues olvidó la administración de sus bienes, vendió "muchas hanegas de tierra de sembradura" para comprar libros de caballerías y a fin de realizar su segunda salida en busca de aventuras, allegó una razonable cantidad "vendiendo una cosa, empeñando otra y malbaratándolas todas".

Apenas sonaba la trompa bélica, aquel pueblo heroico, pero hambriento y debilitado, olvidábase de sus males y poníase en pie. Cuarenta y dos años nada más que habían transcurrido de la hazaña de Lepanto y ya era imposible repetirla por falta de hombres y de dinero, aunque en 1613 la empobrecida nación quiso hacer un alarde naval contra el turco, muy superior, es indudable, a las fuerzas de que podía disponer. Cervantes se burló de esta gran alharaca y de la escasez de recursos con que se hacía, apuntando que el medio mejor de que podía disponer el Rey para combatir a los infieles, era apelar a la media docena de caballeros andantes que tal vez, vagaran por España. "Cuerpo de tal, dijo a esta sazón don Quijote ¿hay más sino mandar su Majestad por público pregón que se junten en la Corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen, sino media docena, tal podría venir entre ellos, que sólo bastase a destruir toda la potestad del Turco?"

CERVANTES Y EL QUIJOTE

No ha de extrañar la amarga hiel que se descubre en medio de los divertidos episodios del **Quijote.** Cervantes, a pesar de la grandeza de su alma, era hombre y la época en que compuso este libro, fue la más dolorosa de su vida, aun si incluímos la de su largo y duro cautiverio. Cautivo halló consuelo en sus briosas esperanzas, y como lo prueba su admirable **Epístola a Mateo Vázquez,** concibió el plan fecundo de que abandonara su patria las estériles empresas de América para cimentar, extendiéndose por el Africa, un poderío inexpugnable. En cambio cumplidos ya los cincuenta y siete, cuando publicó la primera parte y cercano a los setenta cuando la segunda, "con todos sus años a cuestas", como él mismo decía, y "tan versado en desdichas", ni una sola esperanza conservó de las que animaron su juventud heroica, ni un solo amigo que le brindara algo más que las limosnas de Sandoval y de Lemos, ni otro consuelo que su pluma para dirigirse a una posteridad menos ingrata.

El éxito grande del mismo **Quijote,** aquella popularidad tan extraordinaria que apenas veían las gentes un rocín flaco cuando decían "allá va Rocinante", las doce ediciones de la primera parte desde 1605 hasta 1611, compitiendo con las prensas de Madrid, Valencia y Lisboa, las de Bruselas y Milán; la traducción inglesa de Shelton en 1612, (completada con la segunda parte, muerto ya Cervantes, en 1620); la estimación de su libro en Francia y el aplauso general de los extranjeros, motivos fueron, sin duda, de satisfacción para su ánimo, pero de ningún modo aumentaron siquiera su prestigio personal entre los españoles. Falsa es la popular anécdota según la cual el Rey don Felipe III, asomado una tarde a un balcón

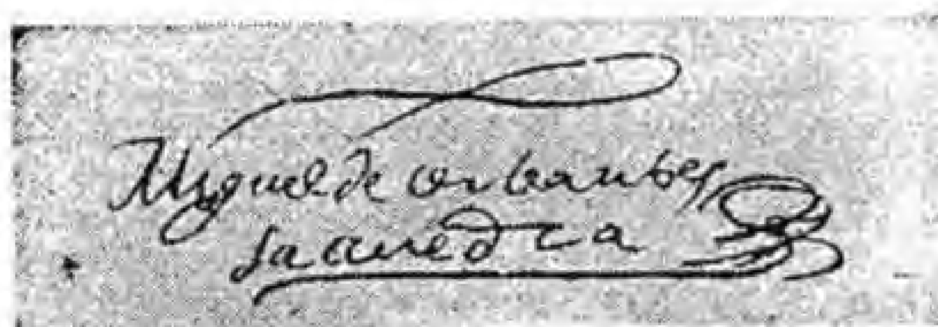


de palacio, exclamó al ver que un estudiante leyendo un libro reía a carcajadas: "aquel estudiante está loco o lee la historia de don Quijote". Don Felipe no tuvo nunca el buen gusto ni la suerte de ocuparse de Cervantes, aunque ordenó la representación en Palacio de una comida de Lope y admiraba a Jorge de Montemayor hasta el punto de colmar de dádivas a una mujer sólo porque le dijeron que era la heroína de la **Diana.** Echaron a volar esta anécdota sobre el Rey y el **Quijote** Mayans y Pellicer, atribuyéndola a Baltasar Porreño en su **Vida y hechos del Rey don Felipe III** y como de Porreño sigue circulando en casi todas las obras cervantinas. Pero observa Fitzmaurice Kelly, en su **Vida de Cervantes,** que el hecho no es cierto. Con efecto, he leído todo el libro de Porreño, incluído en las **Memorias** ya citadas que recopiló Fajardo y Monroy y no existe en él ni la más leve mención de Cervantes ni del **Quijote,** y tampoco está la anécdota en el otro historiador de don Felipe, Gil González Dávila. En cambio, Faria y Sousa, en su **Comentario a las Lusiadas,** publicado en Madrid en 1639, refiere que don Felipe y su esposa doña Margarita dieron audiencia en Valderas en 1603 y colmaron de dádivas, a la que había sido amante de Montemayor e inspiró la **Diana.** Aunque Faria y Sousa no es digno de gran crédito, esta historia no parece ser una de las muchas mentiras que contiene su libro.

El pobre Cervantes parece que careció siempre de la facultad de ganar dinero, que tan alta tuvo su gran rival Lope de Vega y entonces como ahora, semejante condición era más estimada entre los hombres que la de poder escribir el **Quijote.** Espíritu, además, independiente en grado sumo, resistióse hasta los últimos años de su vida a entrar en la Iglesia para asegurar un pedazo de pan, ya que su carrera de soldado había sido tronchada por la desgracia de caer cautivo y sus años no le permitían emprenderla de nuevo. Cuando vino a tomar los hábitos, fue "puesto ya el pie en el estribo" y mientras tanto, arrastró la triste vida del hombre cargado de familia y necesidades, y sin bienes de fortuna. Su falta de influjo y de prestigio social eran tan grandes, que sin contar las veces anteriores en que se dice fue injustamente encarcelado, entre ellas la muy notable en que se "engendró" el **Quijote,** en aquel famoso año de 1605, el indigno juez don Cristóbal de Villarroel, rehuyendo, como ya hemos visto, dirigir la investigación de la muerte de don Gaspar de Expeleta por donde pudiera encontrar procesados poderosos, dictó orden de prisión contra las personas más desamparadas e infelices que pudo hallar en una casa posada de la propia ciudad de Valladolid y entre ellas contra Cervantes y su familia. ¡Bien ajeno, por cierto, estaría el prevaricador Alcalde, de que su [redacted] sentencia habría de leerse como un documento infame [redacted] siglos venideros! Aunque a su pobreza, que se ha hecho tan proverbial, hubo de resignarse Cervantes con cristiana mansedumbre, tan hondas decepciones, sufrimientos tantos, tan crueles injusticias, ¿dejarían de reflejarse en las páginas del **Quijote?** Pero no con la amarga envidia del que odia a los más afortunados, no con el veneno rencoroso del libelista indigno que muerde, como la víbora, desde el suelo a que su propia vileza le condena, sino con la triste y compasiva mirada del coloso, que mereciendo más honra por su genio que ninguno de sus contemporáneos, con excepción, tal vez de don Francisco de Quevedo, se encontraba tan alto sobre los demás, tan lejos del alcance de su vista, que ni podían ellos comprenderlo, ni siquiera darse cuenta de su grandeza.

Por eso tras de aquella risa, surge la dolorosa amargura que convierte el **Quijote,** a pesar de su alegría, en un libro profundamente triste. La risa de Cervantes parece algo así como la burla de su propio destino, la resignada burla del que cae ante crueles espectadores, incapaces de tenderle una mano de auxilio ni de restañar la sangre de sus heridas y se levanta, sin embargo, sonriente, para unir también su carcajada al coro general. No es la risa cínica y socarrona de Rabelais, al contemplar a los hombres como un enorme rebaño de imbéciles, ni tampoco la despiadada ironía de Swift, que





diseca el corazón para probar que ni en el fondo se encuentra un sentimiento de ternura.

En Cervantes hay lástima para los que ríen y al final de cada escena de palos y puñaladas, cuando mana la sangre de la piel de don Quijote y termina el divertido asombro que causan las desventuras a que su manía le arrastra, todo noble corazón ha de cerrar el libro con honda melancolía, mientras protesta indignado el pequeño Quijote que hay en nosotros y que quisiera haberse visto en la refriega para con razón o sin razón, por ley o contra ley, empuñar también tizona o estaca y tomar parte por el buen caballero apaleando yangüeses o estúpidos agentes de la Santa Hermandad y hasta rompiendo lanzas por Dulcinea, a presencia de toda Barcelona, contra el adversario terrible de la Blanca Luna.

¿Por qué inspira don Quijote simpatías tan hondas? ¿Por qué el ánimo se contrita cuando le vemos caer en aquella página cruel y sombría, donde se eleva el buen hidalgo a la más noble y sublime altura del heroísmo, la que arrancó lágrimas a Heine, la que cierra para siempre sus proezas disparatadas de andante caballero? ¿Por qué cuando le vemos luego en su lecho de agonía, quisiéramos todos que el sanote y simplón de Sancho pudiera detener su fin al gritarle: "no se mueva vuestra merced, siga mi consejo y viva muchos años", y detendría, también, nuestra mano la pluma implacable de Cide Hamete Benengueli? ¿Acaso no es don Quijote el tipo más acabado de un loco? ¿Acaso no es el quijotismo grave y a la vez ridícula falta que puso en evidencia Cervantes para ejemplo de los españoles y del género humano? La respuesta es sencilla. Cervantes no censuró a España, si acaso fue ésta su idea, con ojos de enemigo, pues no pudo olvidar que, ante todo, él mismo era un español, que amaba a su patria con honda ternura. Y tampoco pudo olvidar, por lo que puso tanto de su propia alma en la simpática figura de su manchego, que él fue, también un caballero andante, que no lidió contra encantadores ni malandrines, pero sí contra el sórdido y frío egoísmo de los hombres, sufriendo la miseria, el dolor y la injusticia, en un mundo que no le comprendía y henchido, sin embargo, el corazón de generosos sentimientos, de amor a los demás y de sublimes ideales. Corta es la vida y cuando se gastan sus mejores años en lo que llaman desatinos y quimeras los muchos curas, barberos, duques, duquesas y Carrascos que existen en la sociedad humana, quedan sólo la burla despiadada de los juveniles desvaríos. Si todos los vencidos como Cervantes tuvieran su genio, lanzarían, también, sus libros al mundo desde el triste rincón de sus desengaños y conmoverían la posteridad con el eco formidable de sus carcajadas.

Es el **Quijote** la obra de una desconsoladora experiencia, el noble producto de una vida fracasada en otros empeños más efímeros, el libro melancólico de un viejo, en quien ni los infortunios ni los sufrimientos pudieron apagar la generosidad del alma, ni el amor a los sacrificios bellos y desinteresados. Detrás del gran burlón de los quijotes, está don Quijote mismo, defendiendo su causa con sublime elocuencia, en discursos que sólo pueden salir del corazón. Detrás del censor de las locuras españolas, está el español arrogante y lleno de alientos, irguiéndose, no obstante el peso de los años y las desdichas, para soltar la pluma y tomar otra vez la espada que ciñó airoso en los tercios de Figueroa o empuñó tinta en sangre en la gran jornada de Lepanto. Hay en todo el libro un constante dualismo, un contraste extraño y único en la historia literaria, entre lo que Cervantes creía y lo que sentía, entre lo que realizaba despiadadamente su juicio y lo que sus sentimientos le arrastraban a escribir en las sentencias inspiradas y majestuosas de su héroe.

"El **Quijote,** ha dicho admirablemente el escritor francés Emile Montegut, es la obra de un patriota, lleno de tristeza, cuya razón pugna con su corazón y que no puede dejar de amar lo mismo que maldice". Por esto ha sido siempre un enigma tan grande para la crítica, que no acierta a darse cuenta cabal de si es don Quijote un tipo de burla o de admiración, si es la caricatura grosera de un personaje del tiempo o el mismo Cervantes que nos habla inspirado por su boca. Cuando le vemos decir con noble jactancia: "Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo; unos van por un ancho campo de la ambición soberbia, y otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra", ¿no es verdad que no parecen estas locuras despreciables y dignas de risa, sino las palabras, por el contrario, más propias de un hidalgo.

Con su pluma arrancó Cervantes la máscara de tanta hipocresía como se cubre en el mundo con nombre de nobleza y en aquel cuadro desgarrador de la muerte de don Quijote, puesta fue la sentencia sobre la frente de los hipócritas. "Perdóname amigo (dice en aquel instante sublime a Sancho, Alonso Quijano el bueno) de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo". Esta es la frase más amarga que se ha escrito y salió del alma de Cervantes como un grito de dolor. !Triste y horrible desengaño el suyo, pero triste y horrible verdad! El humano egoísmo puede raras veces engendrar quijotes de carne, y para buscar tanta grandeza de corazón, preciso es recurrir a la fantástica historia de un loco. Cuando consideramos bajo este aspecto el sublime personaje de Cervantes, comprendemos que haya podido atravesar las fronteras de España y recorrer el mundo montado en su flaco rocín y seguido de su rechoncho escudero. Ya don Quijote no es solamente un español, porque sus nobles y generosos principios y el desastre a que le conduce la creencia de que tratando de llevarlos a la práctica seguía un camino trillado por otros, muchos, encierran una lección dolorosa que la humanidad ha comprendido y que no es exclusiva de ningún pueblo. Don Quijote no es ridículo para nadie que lea su historia, porque su grandeza de alma redime su locura y la sátira no consiste en combatir como se ha creído, lo que hay de generoso y desinteresado en los libros de caballería, sino precisamente lo que hay de menguado y bajo en la naturaleza humana hasta el punto de ser tan pocos los caballeros y convencerse don Quijote de esta espantosa realidad, cuando ya se cerraban para él las puertas de la vida.

No tuvo razón Byron para decir que

Cervantes se burló de la caballería española y derribó de una carcajada el brazo derecho de su nación, ni han comprendido la verdadera esencia del **Quijote** los que haciendo alarde más o menos fingido de pudia caballeresca, lamentan que el gran escritor haga reir al mundo a costa de los héroes desinteresados y admirables que desfacían entuertos y vengaban agravios. Ante todo hay que notar que los libros de caballerías están muy lejos de ser códigos de moral perfecta y que con excepción tal vez, de Amadís de Gaula, aunque el origen de su nacimiento nada tiene de edificante, ni otros incidentes de su libro tampoco, los demás caballeros, castos y valientes en su mayoría, tenían no poco de bandidos, como aquel buen don Galaor, de quien el mismo Cervantes recuerda "que no era caballero melindroso", o el famoso Reinaldos de Montalván que salía de su castillo " a robar cuanto topaba". En lo del valor, que más pudiera llamarse a veces crueldad, hay mucho que decir también, si tenemos en cuenta los filtros maravillosos y las protecciones sobrenaturales con que contaban aquellos esforzados adalides en sus más dificultosos lances. Los caballeros que en caterva siguieron a Amadís, vienen a ser proponiéndose todo lo contrario sus creadores, parodias ridículas del ideal caballeresco, lo que con juicio tan admirable indicó ya Cervantes en su relación del escrutinio de la librería de Don Quijote. "En don Quijote, dice Menéndez y Pelayo, revive Amadís, pero destruyéndose a sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno". Por ese convencionalismo, que el gran crítico señala, habían casi desaparecido los libros de caballerías a mediados del siglo XVII y en cambio el **Quijote** vivirá en todas las épocas. Los nobles ideales no fueron destruídos en la novela inmortal, sino al contrario, conservados y defendidos en sus páginas con elocuencia casi sobrehumana. El último de los caballeros anandante fue el más noble y el más puro, y no salió de Galia ni de Grecia para que asombrara al universo su carácter inmaculado, sino de aquel lugar de la Mancha de cuyo nombre Cervantes no quiso acordarse.



Así como Amadís combatió por defender a "la sin par Oriana", dueña, en verdad, de su corazón, que le ofrecía la recompensa de sus brazos en amorosas caricias de mujer, el buen hidalgo manchego, combatió por la que nunca vieron sus ojos, tónico amor que tienen al ideal más puro de su vida, aquéllos pocos que fundan la razón de nuestra existencia en algo más que los goces materiales, los placeres que proporciona la rica hacienda y la satisfacción de una pasajera vanidad en las falsas y mentidas glorias que el vulgo ambiciona y admira. Dulcinea es la verdadera "sin par", porque ni fue la ruda labradora que pintó groseramente Sancho, ni la hija de reyes y prometida de caballero andante que se describe en Oriana.

Ni mujer fue siquiera, porque no puede la perfección encarnarse en forma humana y concíbese al ver como la describe don Quijote con tan inspirado fuego, que haya llegado a sospecharse el disparate de que Cervantes quiso poner en ridículo en esa figura nada menos que a la Purísima Concepción. Aldonza Lorenzo, fúe, según parecè, para don Quijote un pretexto, forma humana de representar ante los hombres un ideal y él mismo, temeroso de que pudiera deshacerse a un contacto impuro, renunció a que tuviera realidad tangible. ¡Desgraciado de aquél que no haya tenido alguna vez su Dulcinea y que jamás haya volado a esas regiones donde suenan clarines que llaman a la gloria y se escuchan los ecos de la fama! Allí, en el más alto de los troncos de oro, servida por princesas, adoradas por santos y poetas y sabios y guerreros, está la hermosa Dulcinea, sin que puedan verla otras miradas que las de sus nobles servidores, mientras en vano la busca por el mundo la manada inmensa que sigue la marcha monótona de la vida, si alzar los ojos, ni elevar un instante el pensamiento. Para ellos no existe, ni existirá nunca más que Aldonza Lorenzo, montada sobre el borrico o a horcajadas en las bardas de su corral. Las naturalezas groseras tienen cerrados los ojos del alma y con éstos únicamente en el mundo se puede percibir la realidad de las Dulcineas.

Don Quijote no es loco porque ama un ideal y dedica toda su vida a realizarlo con firme entereza. Su locura consiste en suponer que puede reparar las injusticias, defender a los débiles y castigar a los malvados, siendo un hombre solo, viejo, sin más auxilio que un jamelgo escuálido y unas armas antiguas. Esta desproporción, (ya antes señalada) en lo que consiste, por decirlo así, el nervio central del libro, es lo que convierte en alucinaciones las ideas de don Quijote. Suprimida aquélla, haciendo a la obra unas pocas alteraciones de detalles, pero dejándola en todo lo demás tal cual es, con sus peregrinos discursos y sus profundos pensamientos, resultaría entre las novelas serias, una de las más hermosas e inspiradas que se han escrito. Raro resultaría en verdad don Quijote sin molinos de viento, sin carneros y sin batanes, pero ¿qué otra cosa es, después de todo, Amadís de Gaula?

La locura de don Quijote es sin embargo, uno de los más admirables rasgos del genio de Cervantes. Inútil será repetirlo ahora que tantas veces se ha dicho sobre la enfermedad del hidalgo, que constituye un caso clínico descrito tan exactamente que encaja a maravilla dentro de las clasificaciones de la ciencia. Hernández Morejón, el erudito historiador de la medicina española, y recientemente Pi y Molist, han agotado este aspecto del libro de Cervantes con autoridad de especialistas. Lo que sí cabe decir es que tanto en el mismo **Quijote** como en otras de sus obras, el ilustre autor demuestra que los locos llamaron su atención notablemente. En la primera parte del gran libro, la manía furiosa y pasajera de Cardenio, motivada por grave desazón de amores, es pintura no menos admirable que la alucinación del protagonistas. Los cuentos de locos en el prólogo y primer capitulo de la segunda parte, no pueden ser más gráficos. Fuera del **Quijote** tenemos, también, los arbitristas del **Coloquio de los perros** y la admirable creación del **Licenciado Vidriera**, especie de Don Quijote en miniatura. Se ha dicho, con mucha verdad, que Shakespeare, únicamente, ha pintado la locura de sus varias manifestaciones con tanta exactitud como Cervantes y al notar los muchos escritos que se han dado a luz descubriendo, lo mismo en Cervantes que en Shakespeare, ya maravillosas doctrinas filosóficas y sociales, ya nomenclaturas botánicas, ya raros conocimientos de navegación, observa, con no poca gracia, Fitzmaurice Kelly, que esa atención a





los locos de los dos escritores insignes, les ha sido devuelta por aquéllos con muy complicada cortesía.

Ocurre a menudo recordar a Hamlet cuando se menciona a don Quijote, tal vez por ser la figura más prominente del teatro de Shakespeare que por otra razón. Hamlet ha dado lugar a tantos comentarios como don Quijote; pero no son muchas las semejanzas que pueden establecerse entre ellos. Hamlet no acaba de ser un loco, en el franco sentido que el hidalgo manchego. La aparición de la sombra de su padre, que comienza el drama y es la causa impulsora de todas las acciones del héroe resulta vista por varios otros antes del Príncipe y no puede, por consiguiente, tomarse como una alucinación. Aunque para aquéllos que no conocen las revelaciones hechas a Hamlet por la sombra del Rey sobre las trágicas circunstancias de su muerte, el Príncipe es un loco, para él y su amigo Horacio, su fingida locura tiene por único objeto llegar más pronto al descubrimiento del crimen. Tan lejos está Hamlet de ser un alucinado, que duda de sus propios sentidos y de las palabras del difunto Rey, tratando de buscar por otros medios comprobaciones de carácter más positivo que la mera afirmación de un fantasma. El terrible golpe moral que recibe en la flor de sus años, le convierte en melancólico y pesimista. No existe para Hamlet más que el lado negro de la existencia; para él ha terminado el amor, cuando debía comenzar; para él ya no hay alegrías, que apenas ha tocado, y como en su propia madre ha descubierto la bestia humana, hombres y mujeres inspíranle asco igual desprecio la vida, que considera como un paso horrible hacia la región inconmensurable y misteriosa de las sombras. ¡Contraste grande con el casi infantil optimismo del hidalgo español! Para don Quijote el mundo fue en el pasado un jardín de venturas, en aquella edad de oro que pintó con tan hermoso entusiasmo, y en su tiempo, si no fuera por las violencias de algunos follones encantadores y gigantes, castigados, sin embargo, por los caballeros, que como ángeles de salvación, acuden en el punto y ahora que las injusticias se cometen, deslizaríase el resto de la existencia sin más querellas que las de castos enamorados, en ricos palacios, entre reyes y princesas o en medio de poéticas escenas pastoriles. Para don Quijote el mal nunca es perdurable sobre la tierra y aun en los lances más desgraciados, redobla sus energías una risueña, fecunda y consoladora esperanza. Don Quijote, en suma, es la antítesis de Hamlet. Mientras éste, lleno de juventud y de poder, heredero de una corona, sólo distingue en el mundo su aspecto más sombrío, el generoso manchego, acercándose al término de su carrera, pobre y sin más galardones que la interminable sucesión de palos y de burlas que va recibiendo por el camino, contempla, sin embargo, la vida al través de los cristales color de rosa.

EL BUEN SANCHO

Menos parecido existe, si cabe, entre la cínica figura de Falstaff y la del prudente Sancho Panza, a quienes tan desacertadamente se ha querido comparar. Entre Falstaff y Sancho no hay más semejanza que la del enorme vientre, pero en su aspecto moral la distancia que los separa es inmensa. Falstaff es un mal hombre: fanfarrón, estafador, cobarde, lujurioso, calumniador, sin el menor destello de generosidad y nobleza. El pobre Sancho, aun cuando amigo de comer y dormir, y pasar materialmente la vida del modo mejor posible, es un buen padre, buen marido, buen amigo; y a pesar de su natural ambición por las recompensas extraordinarias que le ofrece don Quijote, servidor leal del mismo, y, a veces, verdaderamente desinteresado. En su rústico y práctico caletre no caben todas las maravillas que el hidalgo le cuenta, y cuando la realidad echa abajo los castillos en el aire y el pobre labrador comprende, a raíz de un manteo o de una paliza, que mejor estaría en su casa que siguiendo la suerte de un loco, pocas palabras del amo bastan para volverle a la sumisión y la esperanza. La superioridad social de don Quijote, la del hidalgo sobre el humilde labrador, se le impone con fuerza irresistible; luego, también, su superioridad intelectual le admira y rinde la voluntad constantemente. Este reconocimiento franco y sin reservas del talento de don Quijote demuestra la buena inteligencia natural de Sancho, y a pesar de su crasa ignorancia, le hace superior, casi siempre, a los demás personajes del libro.

Cuando llega la hora, como ha observado Menéndez y Pelayo, prueba, también, que tiene su alma en su armario, y sabe meter la mano a la espada para defender a su señor o trabar batalla a puño limpio, contra uno o contra muchos, a fin de rechazar agresiones injustas o defender lo que él considera su derecho. Evita el lance hasta donde le es posible, pero no vuelve las espaldas una vez metido en él, aunque su carácter pacífico y su condición de buen cristiano, le llevan a sentir instintiva aversión por la crueldad y la violencia. Nada tiene, en verdad, de cobarde Sancho, aunque tal se le haya creído, Asústale de noche el ruido espantoso de los batanes, pero también nos cuenta la historia que era capaz aquél de poner miedo en el ánimo más esforzado. En general no existe en el **Quijote** ningún cobarde, porque hasta las mujeres, cuando llega la ocasión, dan testimonio elocuente de la energía de su raza.

Así como la figura de don Quijote se agranda en la segunda parte del libro, la de Sancho, también, aparece más simpática y noble. A pesar de que no creo que Cervantes trató de caricaturar a ninguna persona determinada, ni en don Quijote ni en Sancho, tal vez tuvo razón Mr. Rawdon Brown al suponer que algunos rasgos del escudero, especialmente los del egoísmo y la avaricia, parecen enderezados a censurar al Secretario don Pedro Franqueza. Pero sólo puede aceptarse esta proposición en la primera parte de la obra, pues según consta en los documentos con él relacionados, en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el Museo Británico, así como en las **Relaciones** ya citadas de Cabrera, Franqueza murió en la cárcel en 1607, ocho años antes de publicarse la segunda parte del **Quijote** y ni Cervantes era capaz de ofender la memoria de un muerto, ni la opinión pública, distraída ya con otros sucesos, se acordaba del Conde de Villalonga. Sancho Panza, por consiguiente Cervantes fue aumentando las buenas cualidades del escudero, del propio modo que la sublime grandeza del alma del hidalgo.

Beranger se equivocó al recoger en estos versos una idea vulgar, que corre desde mucho tiempo hace, como interpretación del supuesto simbolismo del **Quijote**:

Connais-tu pas Don Quichotte?
Cést l'esprit pur lance au poing;
Son ecuyer bbit, mange et rote;
Cést la chair en grossier pourpoint.

Sin don Quijote pudiera representar el espíritu, Sancho no representa siempre la carne en su aspecto más grosero y repugnante. Aparte su glotonería, que fuerza es conceder, Sancho, sin pretenderlo ni darle importancia de virtud, es tan casto como don Quijote. Las fáciles mujeres a su alcance que halla en las ventas, no le mueven a turbar siquiera un instante su plácido reposo, para competir en amores con ningún arriero.

Hay un momento crítico en la vida de Sancho, hábilmente pintado, y es aquél en que pierde todas sus ilusiones cuando oye a don Quijote referir que en la cueva de Montesinos había encontrado a Dulcinea encantada en forma de la labradora que ambos hallaron a la salida del Toboso. Como Sancho sabía muy bien que la labradora no era Dulcinea, pues él mismo fue quien inventó que lo era para engañar a su amo, quedó allí tristemente convencido de que don Quijote mentía o estaba loco rematado. Síguele ya con muy pocas esperanzas de la realización de sus promesas y no vacila en expresar sus dudas a la Duquesa misma, en la escena admirable que el pintor inglés Smirke ha sabido reproducir con tanto acierto. Pero cuando a poco se ve con el gobierno de la ínsula entre las manos, humilde y casi confuso, recibe los consejos y la bendición de su señor. Aquí es principalmente donde Sancho demuestra su gran fondo de elevación y nobleza y donde se ve que no sólo la carne y el grosero apetito inspiran sus acciones. Aquel tragón, aquel egoísta, que parece no seguir a don Quijote, por otro móvil que la recompensa, próximo a tocar la meta de todos sus ensueños, nombrado ya gobernador, tienen un rasgo sublime de renunciación y conformidad, mezclado con una profunda y cristiana filosofía, ante la sola idea de causar un desagrado al hombre a quien debe su fortuna. La ingratitud (la más abyecta de las faltas humanas, y por desgracia, una de las más frecuentes) no es propia del leal escudero. "Señor, responde noblemente, si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, si vuesa merced mira en ello, vera que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno". Bien hace don Quijote en contestarle que que por solas estas razones merecía el gobierno de mil ínsulas y en aplaudir su buen natural. "Y si como estando yo loco (repite después en su testamento) fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece".

Todas las faltas de Sancho se le perdonan y tenemos que amarlo más tarde, cuando vemos su generosa conducta con Ricote, la presteza con que acude a declarar en favor suyo y de su hija, y, sobre todo, aquellas nobles palabras, rehusando por segunda vez los doscientos escudos que el morisco le ofrece por ayudarlo a sacar y encubrir el tesoro que tiene escondido en su pueblo. "Ya te he dicho Ricote, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto y prosigue en buen hora tu camino y déjame proseguir el mío, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño".

Vulgar y trillada observación es ya la del buen juicio de Sancho en su corto y burlesco gobierno de la ínsula. Todos conocemos sus justas y hábiles sentencias, sus discretas palabras, su conducta ejemplar, tan extraña para los que sólo esperan del rudo labriego disparates, sandeces y rasgos de egoísmo desenfrenado. Sancho no sólo demuestra aquel buen natural "sin el cual no hay ciencia que valga", según la frase de don Quijote, sino también que no ha sido en vano para él su trato familiar y constante con un hombre tan superior como su amo. Reflejo de la sabiduría de don Quijote es la de Sancho en el gobierno y prueba la más concluyente de que era un digno compañero del sublime alucinado. En ninguna ocasión podría mejor aplicarse aquel viejo refrán: "dime con quién andas y te diré quién eres". Siguiendo a don Quijote en sus locuras, Sancho, también, pierde el seso, pero sus sentimientos se purifican, sus ideas se agrandan y adquiere, como su amo, en todo lo que no se relaciona con los dislates de la andante caballería, la asombrosa experiencia y la elevación de criterio, que convierte a los dos en hombres superiores.

¿YA LEYO EL QUIJOTE ?

por VIRGILIO PIÑERA

No bien se anunció que la Imprenta Nacional editaría *Don Quijote de la Mancha* los exquisitos enfilaron su cañones: ¡Aparecerse a estas alturas con el Quijote! ¡Estos clásicos resultan soporíferos! ¿Qué tiene que ver el mundo de Cervantes con lo que está pasando ahora en el mundo? Y en seguida presentaban lo que ellos estimaban argumento irrebatible: ¿Quién se ha leído completo el Quijote?

Al escuchar estos argumentos casi estábamos por admitirlos. Para empezar no era primera vez que los oíamos. Es sabido que entre los "avisados e informados" de nuestra América se hace este comentario respecto de las obras clásicas, sobre todo si se trata de las que tienen uno o varios siglos y si alcanzan la respetable cifra de las mil páginas. Estoy por creer que no lo dicen con mucha convicción y que eso forma parte de un enfoque desviado de la crítica literaria en América, que por desgracia es transmisible como los catarros.

Se da por sentado y se viene repitiendo que Dumas es sólo un folletinista, que Hugo es farragoso, que Latinoamérica es indolente, que Darío resulta anacrónico y que los clásicos son aburridos. Tales aseveraciones han pasado a formar parte de eso que se llama "verdades admitidas". Por ello, cuando volví, al cabo de los años a escucharlas con motivo de la inminente aparición del Quijote, sentí que escuchaba una vieja canción y estuve tentado de hacerle coro.

Por otra parte, mi última lectura de este libro databa de veinte años. Mi primer Quijote lo había leído en forma fragmentaria en el *Tesoro de la Juventud;* el segundo, cuando, en mi último año de escuela pública, me lo dieron por premio. En esa ocasión, como apenas tenía doce años y todavía no estaba entre literatos, no sólo lo leí de cabo a rabo sino que me pareció fascinante, y más que todo eso, perfectamente ensamblado en nuestro tiempo. Me resultó tan "moderno" como mis lecturas de esos años, es decir las de Búffalo Bill, de Salgari y de Manuel García, Rey de los Campos de Cuba.

Más tarde, ya en la Universidad, tuve mi tercer Quijote. Ahora bien, en ese entonces, como ya era acólito en una capilla literaria y empezaba a oficiar en sus misas, juzgué oportuno que a mí también me pareciera Cervantes pasado de moda. Fue así que por exquisitez me pareció intragable a los veintisiete lo que me había resultado encantador a los doce. Estos prejuicios marcharon junto con el tiempo, de modo, que a la vuelta de los años escuchando de nuevo esas "verdades admitidas" casi estuve por decir: ¡Ah, el Quijote...!! ¡Que me lo quiten de delante!

Más a pesar de todo subsistía la grata impresión de la niñez. ¿Qué había significado para mis doce años este libro? Pues una serie de aventuras maravillosas. El héroe de las mismas, Alonso Quijano, me resultaba, más que todo, un explorador. Y no es un azar si en la gran literatura casi siempre se trata de una gran "cacería, de una ingente exploración": el Capitán Ahab navega los mares en busca de una ballena blanca; En la *Comedia*, Dante explora el Infierno a la caza de almas; en *Hamlet* se busca a un asesino, y en el *Fausto*, el Poder. Esto trae como consecuencia que al héroe, en su afán exploratorio, le ocurran las aventuras más peregrinas, y por dicha vía mantiene al lector en esa tensión que no es otra cosa que su incorporación sentimental a ese mismo héroe.





Con el Quijote las cosas se complican: los datos de la realidad se tornan irreales —unos molinos de viento se cambian en ejércitos, una venta es un castillo, unas monjas son princesas, frailes son cambiados en encantadores, y pellejos de vino en gigantes. Esta contingencia, que al principio nos hace morir de risa, termina por dominarnos de tal manera, que no bien llevamos leídos unos capítulos nos sentimos tan quijotescos, tan serios y patéticos que hacemos volar las páginas como esperando que al final de las mismas se nos descubra el misterio que en cada una de ellas el autor se encargó de acumular.

Es decir, estamos en presencia de la [illegible] ble aventura: por un lado se opera con lo conocido —el mundo tal cual lo conocemos; por el otro se parte de lo conocido hacia lo desconocido— lo cotidiano substituído por lo mágico. Entonces si en un libro de aventuras que, por ejemplo, trata de la cacería de elefantes en Africa nos limitamos al mundo conocido, ocurrirá que en otro libro como el Quijote no sólo nos moveremos en ese mundo pero también en el otro, lo que, por simple resultado aritmético, arroja un saldo mayor de apasionada curiosidad.

Claro que no hay que plantearse demasiadas preguntas. Esas y otras más herméticas, se las hacen los escoliastas. Ya Kafka dijo que las glosas no son sino la desesperación de los escoliastas. Por mi parte, y entiendo que el lector sensato estará de acuerdo conmigo, me basta con lo que dice el libro.

¿Y qué dice? Pues que un hidalgo de pueblo, llamado Alonso Quijano, ha decidido, porque le da su real gana, salir por los caminos a "desfazer entuertos". Hacer tal cosa significa, en otras palabras, salir de correrías, y las correrías, ¿qué significan? Pues aventuras. Pero aventura es tanto como decir interrogación, es decir curiosidad —he aquí el arte del gran novelista: despertar la curiosidad: ¿Qué pasará? ¿Cómo le irá en la aventura? ¿Lo matarán? ¿Vivirá?

Por otro lado, aventura es también acción: el héroe liberta a cautivos, pone en fuga a captores de una princesa, se enreda con unos cabreros, se enfrenta a gigantes. Si hacemos la transposición, advertiremos que Don Quijote no es otra cosa que el Superman del siglo XVII español y europeo. No se trata, por supuesto, de que Superman se empareje en grandeza con Don Quijote, pero referido a la acción, al correr de acá para allá, a realizar hazañas sobrehumanas resultan idénticos. No se hace difícil pensar que los niños españoles de la época de Cervantes se apasionaran por las aventuras del caballero de la Triste Figura.

¿Cómo hablar entonces de aburrimiento? Las aventuras se suceden tan vertiginosamente, son, por su esencia misma, tan imprevistas, [illegible] hay tiempo material para levantar la vista del libro. Aventuras apasionantes, misteriosas, provocadoras de carcajadas y de accesos de melancolía. ¿Se puede pedir mayor amenidad a un libro?

Cervantes mismo sabía que el suyo era la viviente antítesis del aburrimiento. Si no estuviera seguro de ello, ¿se habría arriesgado a deslizar en el Prólogo al Lector estas palabras?: *Porque, ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestas, con una leyenda seca como esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina?*

Esto se llama recurso literario y saludable ironía de gran artista. Dice que "seca como esparto", pero si el lector quiere tomarse el trabajo que busque ese pasaje que comienza: *Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...* Hay en él la frescura de todas las fuentes del mundo. Añade que "ajena de invención". Remito, por ejemplo, al lector a la escena en casa de los duques. En fantasmagoría no ha sido superada por Monk, Walpole Mrs. Radcliffe, Poe, Swift y tantos otros. Afirma que "menguada de estilo". Sin deslizar el lugar común de que es Cervantes el padre de la prosa española, que el lector se tome el trabajo de buscar el discurso de Marcela en ocasión del suicidio del pastor Gri-

sóstomo. Aduce que es "pobre de conectos", pero digo que son tantos que una vez más constituyen la desesperación de los glosadores.

Tenemos, pues, que Don Quijote es la antítesis del aburrimiento. Este libro sólo perdería su tremenda actualidad, y sus aventuras no tendrían sentido si llegamos a convertir nuestra época en lo que el Quijote quería la caridad. Y • en eso estamos. Pero aún cuando la maldad del hombre se impusiera sobre la bondad de otros hombres, quedaría, a mi juicio, el noble designio que hizo salir por tierras de España al Caballero de la Triste Figura. Y aún más que ese noble designio, ese supremo sacrificio que es no esperar recompensa alguna.

En este sentido hay un capítulo en el cual Cervantes, de modo claro y preciso —tan preciso que no hay espacio para los glosadores— hace la exposición de la filosofía de su héroe. Me refiero al Capítulo XXII, intitulado: *De la libertad que dió Don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir.* Se trata de la sonada aventura con los guardias del rey que custodiaban a unos galeotes, y de cómo Don Quijote arremetiendo contra aquéllos los dispersó y dió la libertad a los forzados, los cuales, una vez que se vieron libres de sus cadenas la emprendieron a pedradas con él hasta dejarlo en el suelo por muerto.

Don Quijote, pues, sabe de sobra que los galeotes son criminales, y, sin embargo, a Sancho, que le explica que esa gente debe servir por fuerza al rey, le responde: *"En resolución, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad.* Y en su interior decide darles la libertad, y en efecto, los liberta, y sabe de sobra que una vez que esos galeotes estén sueltos puede muy bien ocurrir que no tengan la suficiente alteza de miras y que, como pasa en realidad, la emprendan contra él y contra Sancho. Pero un héroe, un libertador de pueblos oprimidos, un salvador de los hombres, jamás va a plantearse el toma y daca, ni el ojo por ojo ni la gratitud de sus emancipados. Si se detuviera a pensar sobre la maldad o bondad del hombre invalidaría automáticamente su apostolado.

Hoy por hoy Don Quijote es un ejemplo vivo, porque al leerlo desfila ante nuestra vista la miseria del pobre, la soberbia del rico, la mansedumbre de Sancho, la imagen de la opresión en los corchetes de la Santa Hermandad, y por sobre todo eso, el supremo ideal de la justicia humana. Si a ello se añade, como hemos expuesto, que el libro se deja leer sin esfuerzo, que hay en sus páginas para todos los gustos, que el eco de sus aventuras —trágicas o cómicas— nos ensanchan el corazón y nos hacen afirmar los valores vitales, será cuestión de preguntarnos unos a otros: ¿Ya leyó el Quijote?







JOSE A. BARAGAÑO, POETA DE LA REBELION

por FERNANDO PAZOS

Acabamos de leer, en Ediciones R. "Poesía, Revolución del Ser", el último libro del poeta José A. Baragaño. Conocíamos su obra anterior y por lo tanto estábamos preparados para navegar en las alucinantes aguas subterráneas de su poesía. La aventura extraordinaria que constituye la investigación poética a través del lenguaje se encuentra aquí evidenciada en todas sus extrañas dimensiones. Sobre esto es que queremos hablar, refiriéndonos, al mismo tiempo, a los dos libros de poemas publicados anteriormente por el autor, o sea, "Cambiar la Vida" y "El Amor Original".

Ante el empeño que nos hemos propuesto y que tenemos por delante, es preciso aclarar que no aspiramos a meras reducciones lógicas, ni a un estudio analítico total de la poesía de Baragaño —nada más alejado de nuestros fines—, sino que únicamente nos mueve la necesidad de dejar fijado el inevitable desbordarse de cualquier consciencia vigilante ante el enfrentamiento con esa obra trastornadora.

Si se lee atentamente "Cambiar la Vida", quizás para algunos sea posible entrever los fermentos que originarán muchas de las transformaciones ulteriores del poeta. "Cambiar la Vida", cuyo título es ya de por sí significativo, plantea el problema del destino de la vida del hombre, y revela un profundo deseo de elevarlo por encima, de sí mismo, al nivel más absoluto de sus posibilidades. En él aparece, acaso por primera vez en "nuestra poesía", un afán rebelde y transformador del hombre en sus raíces más ocultas. "Cambiar la Vida" singnificaba cambiar radicalmente la manera de pensar; abrir las compuertas a ese río de sangre y estrellas liberadas de la noche y lo maravilloso.

Desde ese instante, toda la poesía de Baragaño está conformada dentro de un marco de investigaciones profundas y sustanciales de la realidad absoluta. Y esto sucede porque para él la poesía no es impostura: no constituye un mero oficio literario, ni un tránsito pasajero, sino que es una legítima actividad del espíritu, deviniendo materia propia de su existencia. La poesía en Baragaño, desde siempre, es una actitud ante la vida, una aprehensión y asimilación constantes de la realidad más alta, un afilado instrumento de conocimiento e investigación.

A los tres años de haberse publicado "Cambiar la Vida", hace su aparición fulgurante "El Amor Original". Libro caótico éste, preñado de insondables connotaciones, escrito con sangre bajo la lámpara implacable del terror y la muerte afilada como la garra de un tigre. La palabra en él es espada empuñada como un seno invisible, amenazante, donde la imagen del amor resplandece como un sol secreto.

"El Amor Original" es un espejo de destrucciones, un viaje a lo desconocido, un perpetuo estado de furor. Baragaño forjó en él una realidad aterradora, reafirmando la eterna posibilidad de la revuelta. "El Amor Original" contiene la negación, en sus gastadas geometrías, de todo un universo establecido; es el triunfo "del amor magnífico sobre la vida sórdida". Para Baragaño el amor es "esperanza de desesperación", combate, lucha, fuerzas en completa expansión y contracción, locura:

No niego que el amor del salvaje
Esté húmedo en las palabras que te digo
Ni que mis dientes pretendan comer
la sangre que llevas
Si no logro amarte prefiero devorarte
Por el amor que en mí tiene franjas
de hurakán

Para acercarnos al centro convulsivo de su poesía precisamos, antes, despojarnos de todo ropaje lógico o de cualquier resabio silogístico, empleando la intuición y los sentidos ocultos o ignorados como únicos vehículos capaces de hacernos penetrar en ese mundo ensoñado; irracionalmente lúcido. Sólo así podremos intuir, escuchar su verdad sombría que crece desde el fondo secreto del lenguaje como un animal arrastrado por la tormenta.

Ese hundirse oscuro, ese descenso siniestro en lo extranjero del espíritu, en la parte no revelada de la consciencia y la inconsciencia, a través de la cabalgadura desgarradora del sueño, encuentra una resultante luminosa en "El Amor Original".

El ascenso a lo maravilloso
No es más que el cristal
En la boca del prisionero

La búsqueda de lo maravilloso bajo todas sus formas impulsa al poeta. ("Unicamente lo maravilloso es bello"). Baragaño tratará siempre de encontrar ese punto enloquecedor en que lo maravilloso se revela materia, cuajada realidad, donde la es posible al hombre alzarse sobre las inquietantes ruinas de sí mismo.

Observamos cómo Baragaño trata de encontrar su perdido destino, que es el de hombre, en la alienación del mundo circundante; pues, la función del poeta es reencontrar ese destino y proyectarlo violentamente contra la luz de un universo podrido en sus entrañas. La búsqueda del destino verdadero del hombre ha sido y es el móvil que alienta toda actividad legítimamente poética y revolucionaria. Por otra parte, todo lo que es sustancia transformadora, peligro inminente o posibilidad de cataclismo —"el lirismo de la destrucción"— resulta amado y aventado por el poeta. Existe en él una secreta voluntad de aniquilamiento; como cuando afirma:

Así quiero que mis palabras sean
En el número de lo que perece

cuando dice:
Mis manos besan la tormenta

Y es que en todo el libro prevalece un concepto nihilista de la existencia:

Todas las criaturas son una pura nada:
no digo que sea
poca cosa, o algo, sino que son
una pura nada

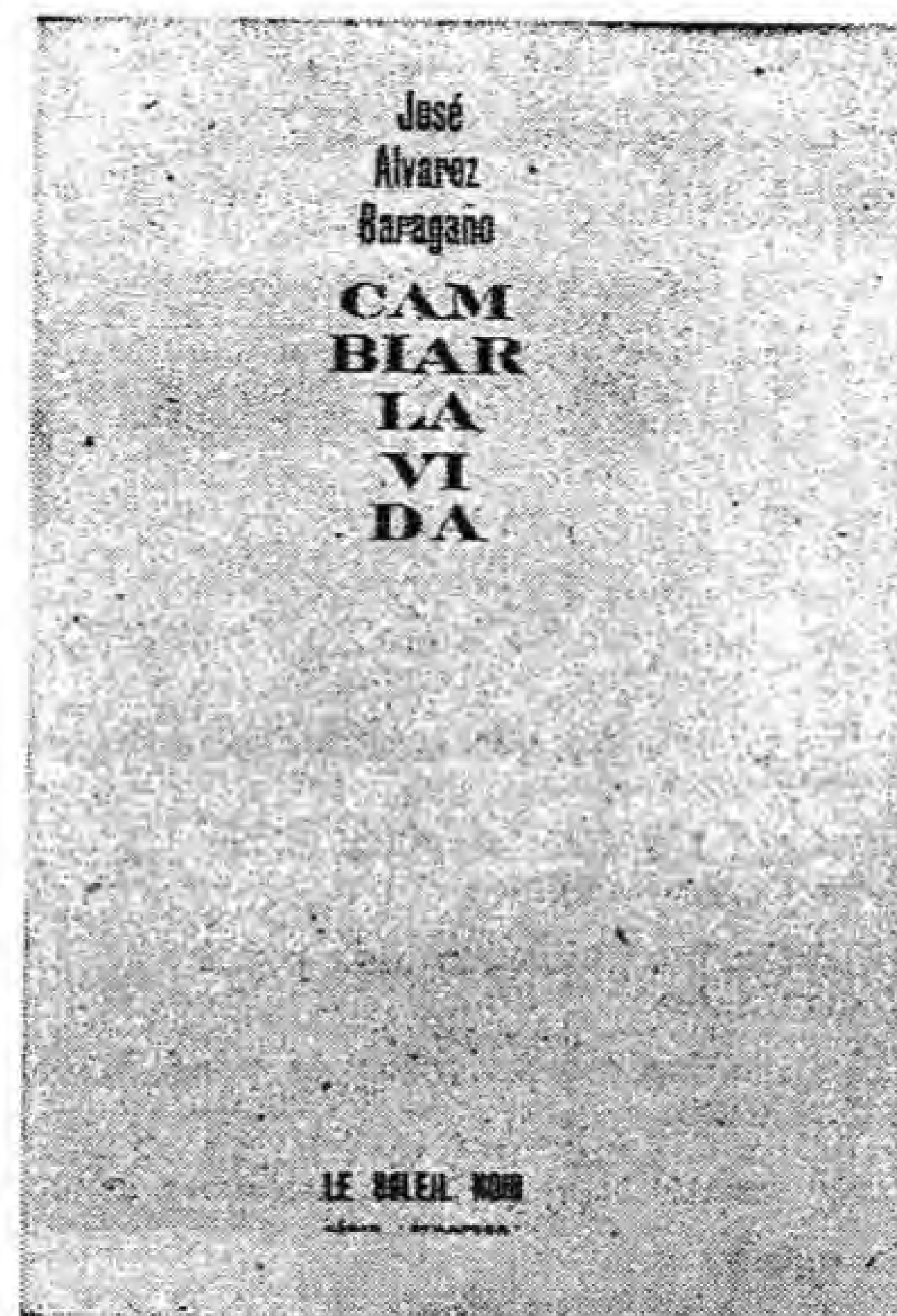
Precisamente por ese hundimiento irracional, es previsible suponer que la mejor fórmula para alcanzar una vida distinta, sea la "unión sincrética entre la praxis y el sueño", o la convulsión del mundo por medio del nacimiento de la desesperación o del derrumbamiento de la lógica y la cordura: la necesidad de cataclismo.

En "El Amor Original" distinguimos una concepción de la poesía como secreta iniciación, culto esotérico, trabajo misterioso: "la pelambre lenta de los iniciados", "camino hacia ese compañero que se inicia", "compréndanme en los sueños", etc.

Baragaño adopta ante la vida una actitud romántico vital —furor, deseo, desespero— que lo hace precipitarse a cada momento, con una sed insaciable de absoluto, sobre el vientre abierto del abismo:

El hombre clavado en su sangre,
esforzándose por elevarse
sobre el índice muerto de los héroes.

Así, podríamos ir señalando, no sin cierta dificultad, debido al "sagrado desorden" de que está impregnado el libro, todas las diversas y caóticas tareas propuestas por el autor, además de las enigmáticas interrogantes que formula. Bástenos enumerar, siguiendo la anarquía trazada, algunas de esas postulaciones: el sueño, elemento de la realidad, realidad misma; nostalgia de un mito colectivo; imposición del mito personal; defensa del poeta contra sus posibles invasores; negación de la alienación mecánica, regresión al estado virgen del salvaje; utilización del humor, cuarta dimensión del mundo, sin el cual éste sería inhabitable; búsqueda del aliento original de las palabras; apoteosis y exaltación del absurdo; implantación del desorden sistemático; violentación del lenguaje e investigaciones en el mismo; llamado a la soledad; abolición de la memoria normal y sustitución de ésta por otra, mágica, irreal; voluntad de lo maravilloso y de la rebelión, etc.



En cada uno de los poemas del libro la palabra destella con plenitud de eficacia y se transparenta una voluntad inquebrantable por alcanzar lo desconocido, bien por medio de las asociaciones verbales más sorprendentes o por el empleo de la "alucinación simple", a través de las "analogías maravillosas de las palabras" y el exquisito poder sugestivo y evocador de ciertas imágenes alucinantes.

En resumen, puede decirse que "El Amor Original" trasluce una ferocidad consciente de la angustia, a la vez que una búsqueda desordenada y fragmentaria de lo absoluto. Empero, éstas no son las únicas connotaciones del libro. Si hundimos nuestros ojos como un cuchillo en el torrente arrasador que baja su pendiente, palpamos enseguida, algo más que una rebelión metafísica. Allí se encuentran expuestos con toda claridad y valentía, diferentes problemas de índole político-social, a los que Baragaño no da la espalda ni es ajeno, pues sus preocupaciones desde ese entonces se proyectan tanto hacia la realidad de su espíritu, como hacia los estudios materiales y sociológicos, ya que sabe que sólo puede tener lugar una transformación verdadera a través de los fenómenos del mundo físico. Sólo obteniendo la destrucción radical de un mundo fracasado, cargado de injusticias, puede abonarse el terreno para un nuevo trabajo. Pero sobre esto es mejor que hablemos con ejemplos:

Las manos blancas y pobres
de la burocracia
Que giran como una mosca alrededor
de un cadáver
Y la policía con su látigo

Denuncia de la burocracia, estructura burguesa decadente, parásito del cadáver en que el imperio convierte a la sociedad.

Enfrentamiento a una clase explotadora que no es ni podrá ser carne de rebeldía:

Frente a los vendedores de rascacielos
Que no han leído a Lautréamont
Sino la masa y la propiedad

Negación del concepto anodino de masa; del hombre-masa, no del hombre-pueblo, que opera decisivamente con su aliento transformador. Por otra parte, profesión de fe en el socialismo. "La propiedad es el robo" dijo Proudhon; ¿algo semejante no parece querer decirnos Baragaño?

Y a continuación extraemos unos fragmentos de un gran poema que no necesita ser comentado:

Obreros que aman su libertad
y desesperan
... ...

Las nuevas primaveras de la revolución
Vendrán para las manos arregladas
de la vieja
... ...

En fin, apostrofando a la policía, como Jarry, con macabro humor lo hiciera antes, Baragaño entonces nos decía:

El mundo policías policías
como escobas
Buscando un grano de amor para
tirarlo contra el polvo

Es por esto y por mucho más que se nos queda sin decir, por lo que la poesía perturbadora de "El Amor Original" —producto de una circunstancia histórica determinada— se incrustaba a aquella antigua y harapienta realidad —convulsionándola visiblemente— y abría zonas vírgenes de exploración poética, pretendiendo promover, al mismo tiempo, un movimiento en los espíritus supuestamente alertas de nuestros escritores más jóvenes; ya que al disolver los monstruos de nuestra mediocridad intelectual, era la afirmación de una consciencia lúcida y atormentada que iniciaba dentro de un caos deli-

rante, el resplandeciente rito de la rebelión, encendido en un horizonte sin término.

Así, oscura, rebelde, transformadora, irreverente, caótica, revolucionaria, mágica, es la imagen primera y última, sucesiva de "El Amor Original", que se desliza por el espejo ardiente de nuestra memoria como un arma de voluntad siniestra.

Según anuncia el poeta "Poesía, Revolución del Ser", cierra un ciclo que se inició con la publicación de "Cambiar la Vida" y siguió con "El Amor Original". En tal virtud, consideramos este último libro un esfuerzo por superar, dentro de un plano organizado de cólera y combate, la desesperación caótica presente en "El Amor Original".

"Poesía, Revolución del Ser" es una tentativa por dotar al hombre de los elementos convulsivos que lo transformen bajo el sol de la desgracia y de la muerte. Decantado el caos primitivo de "El Amor Original", "Poesía" deviene visión madurada del mundo, afilada pupila nadando entre la ira y la pasión originales.

La mayor parte de esos poemas fueron escritos bajo el negro peso de aquellos años atroces en que la miseria, la soledad y el silencio perseguían al poeta, eran sus inevitables compañeras. De ahí la desesperación que los envuelve y el "angustiado pesimismo" que irradian algunos; encaminados, sin embargo, a la lucha por la total liberación y el triunfo definitivo del hombre.

Baragaño ama al hombre y sus ocultas posibilidades de "cambiar la vida" y "transformar al mundo"; pero a la vez, ese amor lo manifiesta terrible, insultante, exterminador. Sabe al hombre atrapado por la inexorable densidad del tiempo, de la muerte y de una vida absurda, que cae sobre su cabeza como un ácido corrosivo, y lo abofetea —abofeteándose— en la explanada en llamas donde éste se levanta con un río sonámbulo como un ojo que incendia la realidad maravillosa de sus venas.

Haciendo un rápido repaso de los poemas contenidos en el libro, encontramos:

En (**"Escrito contra Mí"**):

Y esto el hombre
Que tanto amo que lo pierdo de vista

... ...

En los tiempos oscuros
En que escribo sin verlo

... ...

Es mi horror del hombre que soy
De su libertad rota de su tiempo de muerte

... ...

Este hombre que soy quién lo salva?

... ...

En **"Alucinaciones"**:

Es permitido hablar
De algo que no sea
El hombre
Perdido en su miseria?

Baragaño intenta sacar a flote la realidad oculta de la vida inconsciente, valiéndose para ello del sueño y la alucinación; pero no es una pretensión gratuita esa profunda inmersión en el sueño, sino que su ostensible propósito es hacerlo utilizable para la vida consciente. Así, por ese camino, las agrupaciones de palabras se suceden, haciendo surgir imágenes que crecen desde la sombra interior para iluminar con una luz distinta nuestra vida. Estas revelaciones no son provocadas por medio de la percepción física, sino por el hundimiento irracional. Por eso, su poesía se inserta poderosamente a la gran corriente del surrealismo, cuyo caudal de experiencias e investigaciones en el lenguaje por los métodos de creación, aprovecha Baragaño, con notable eficacia.

El poeta sabe que la poesía es conocimiento a través del lenguaje. El lenguaje es una realidad más dura que las rocas. Y "es en su dominio donde el poeta trabaja". Baragaño avanza por el lenguaje a una desintegración de la realidad, tratando de trascender, como Artaud, el vacío que siente bajo sus pies, en una lucha contra los demonios que impiden el alumbramiento del ser con la palabra. No trata de escapar a la realidad, sino que, por el contrario, intenta superarla; hundiéndose cada vez más en ella, penetrándola esencialmente hasta tocar su fondo invisible.

"La poesía es la instauración del ser con la palabra", dijo Heidegger. Y, al mismo tiempo, es una penetración cada vez más honda en sus secretas zonas, que posibilitan un desencadenamiento legítimo, originador de una verdadera revolución del ser en su compleja estructura

Porque tu cadáver reventado sonríe
Dejando pasar sobre los insectos
Una voz de puñal y de tortura
Para establecer el nacimiento
Y la transparencia del ser

... ...

El ser se renueva violentamente

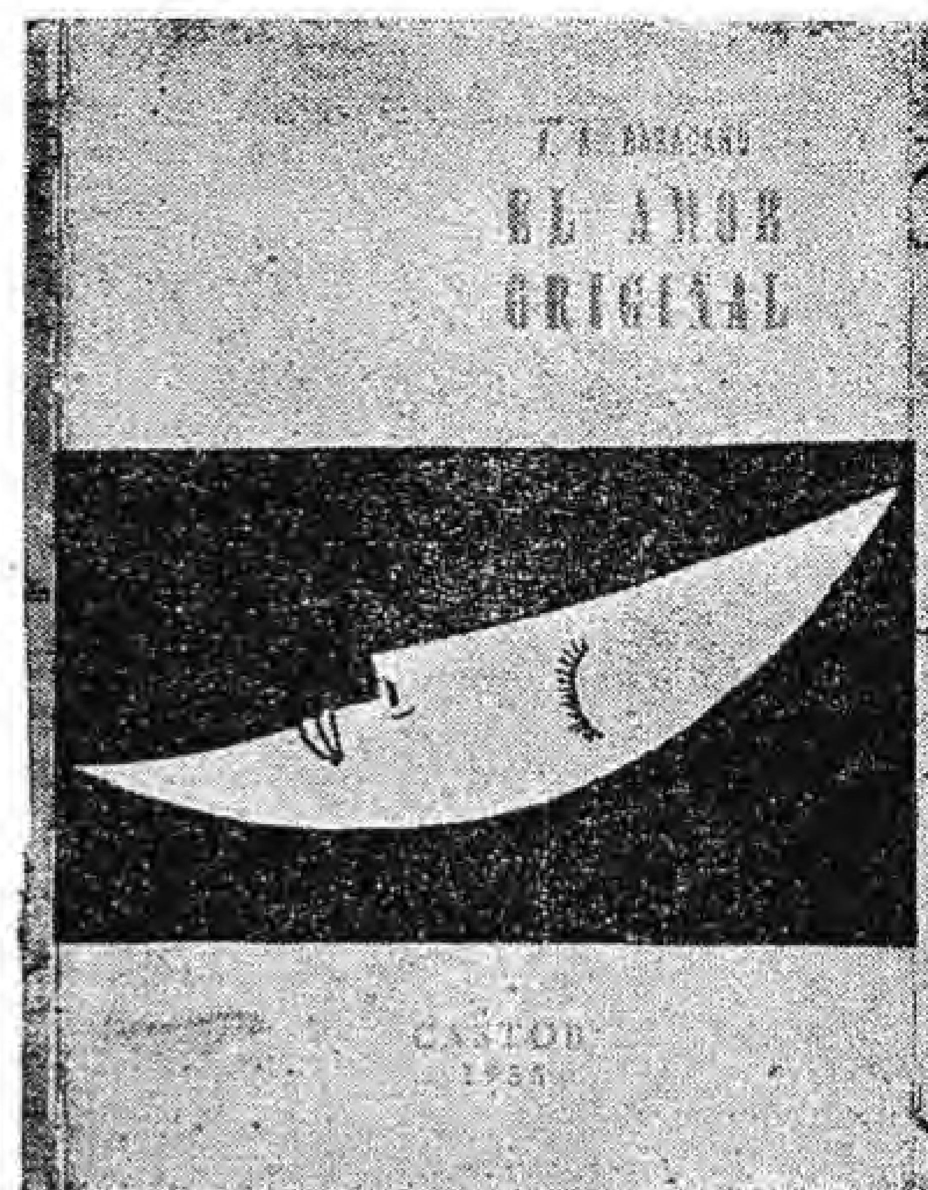
... ...

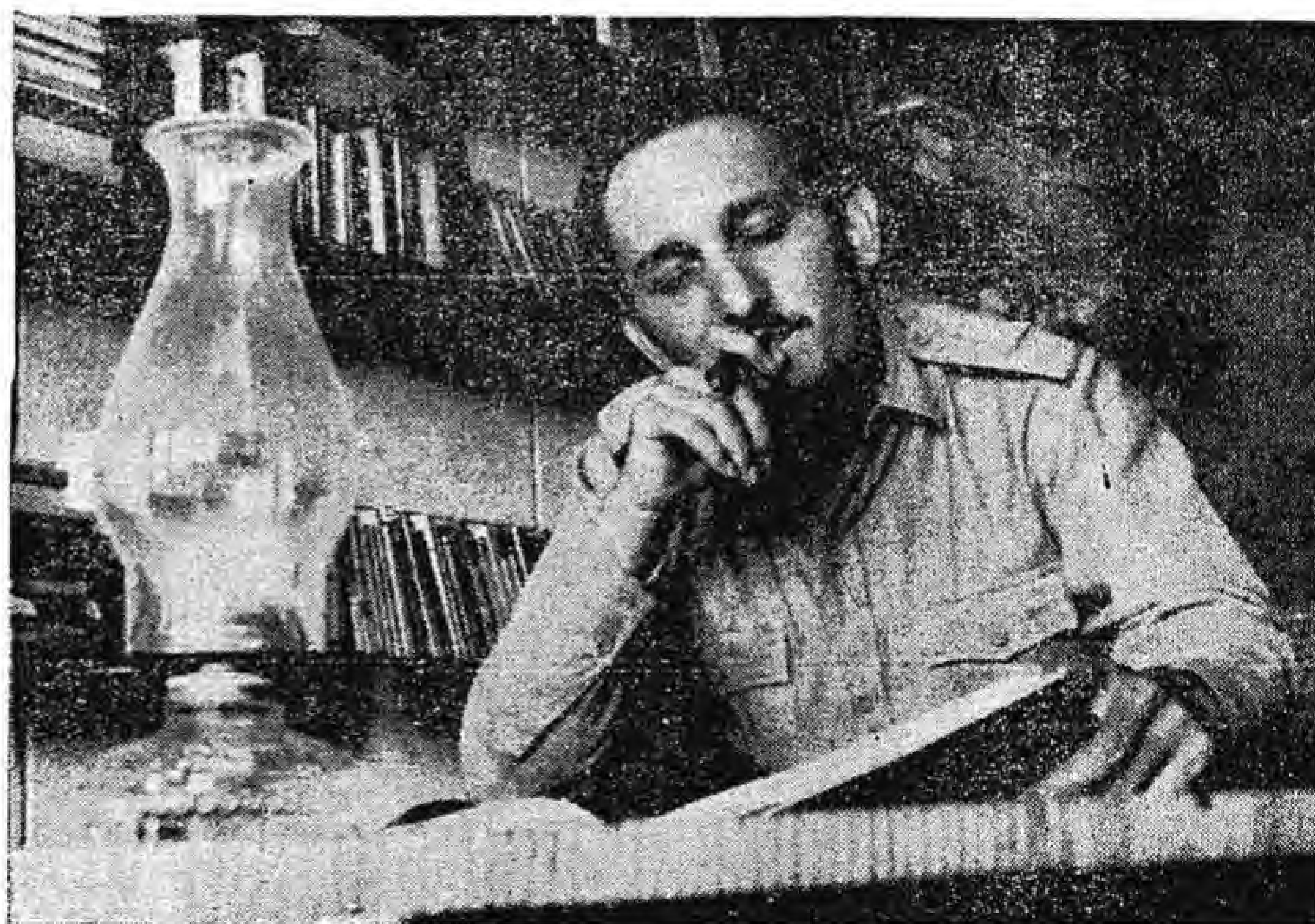
A partir de esa violentación de la realidad es que se aglutinan en un núcleo transparente de vida y poesía , las desgarradoras iluminaciones que pueden dar lugar a la creación de un nuevo mito sobre los horizontes devastados. Cuando se libera al deseo de todas las ataduras y se siembra en el espíritu un desorden poético magnífico, ocurre un derrumbe de valores falsamente tomados eternos, que da lugar a una verdadera revolución del ser, a través de la poesía. Al producirse esa doble transferencia trágica de la poesía a la vida y de la vida a la poesía, estallan los resortes racionales que aparentemente gobiernan la existencia. Instaurándose una nueva forma de vida: un vivir peligrosamente en poesía.

El poeta desprecia el mirar físico, ya que la realidad aparencial de las cosas no es la verdadera. Eleva en su lugar el ver profundo, pues como dijera Tzara: "Todo lo que se ve es falso". Baragaño afirma:

Cuando miro no veo nada:
las cosas no dicen nada en
el ritmo cansado que tienen mis palabras.

La poesía es estremecimiento, temblor, revelaciones originales. Baragaño consigue insuflarnos ese universo maravilloso donde los contrarios quedan





anulados, con la atracción de realidades diferentes sobre un mismo plano, método que emplea con brillante desorden, absoluto radicalismo y desenfreno absurdo.

Todas las fuerzas materiales que pueden condicionar al hombre históricamente, se reflejan en este libro, que propone la solución de la rebeldía bajo todas sus formas, afrontando sus últimas consecuencias:

No hay vendaval granizo ciclón
Que impida la revuelta del hombre

A la vez que existe:

Un silencioso compromiso con la noche

Exhumación de un viejo ideal romántico. Esa obligación con la noche, ese marchar hacia la noche, es emprender el viaje hacia ella, adentrarse en la "noche profunda", donde nada subsiste del mundo sensible; donde es posible entrever el abismo del ser.

Es como cuando ante la salvaje realidad:

De un mundo perseguido
Totémicamente en todas las direcciones
de la crueldad

el poeta opone el descenso, la inmersión de un mundo maravilloso:

Existen las deliciosas galaxias
de flores invisibles

Existen los universos más puros
que la luz

Existen los movimientos de péndulos
luminosos

Hay también la nostalgia de una época remota, de un paraíso perdido de una comunicación secreta y subterránea:

Pero ya no son brillantes ni frescas
las riberas
Donde nuestras naves eran lámparas
alucinadas
De fósforo
Explosivas arenas intransitadas

Quizás uno de los poemas más importantes de "Poesía, Revolución del Ser" resulte "Eterno Nacimiento". En él leemos:

Sobre esta tierra no habita nadie
Las rosas se secan hasta el tallo
Las regiones de pájaros se alejan
Después de todo lo dicho y lo que sangra
Un solo deslizamiento hacia la nada

El hombre ha estado desterrado en otra parte. La tierra ha sido inhabitable. El exilio del hombre en la nada se ha impuesto y su reducción a cero se ha consumado. No olvidemos que ya en "El Amor Original" esta afirmación fue hecha de diferentes maneras ("He descendido tanto que estoy en la tierra"; "la larga ausencia del hombre sobre la tierra") ¿Es que no se ha dicho por otros poetas que "la existencia está en otra parte" o que "la verdadera vida está ausente"? El alma es extranjera en esta tierra donde la alienación del hombre ha alcanzado grados increíbles. Reposamos en la nada, no estamos en el mundo; e intentamos "elevarnos desde el fondo de esa nada hacia el mundo". Siempre ha existido una esencial separación del hombre de su realidad y una lucha desesperada por reintegrarse a ella, o por abandonarla para siempre: voluntad de hundirse en la nada.

El tema de la muerte recorre el libro con velocidad de huracán, resoplando ocultamente bajo el fondo reluciente del esqueleto encantado de las palabras, en su corteza espectral. El poeta se siente descuartizado por la muerte, siente su deslizamiento vertiginoso y la escucha crecer como una oscura semilla en sus entrañas. Cuando el ser haya alcanzado la libertad suprema sólo quedará la muerte únicamente levantada: insaciable posibilidad suprema:

Un solo pensamiento es de la muerte

—que está al final de todas las cosas—
No la pienso ni la siento
No la veo ni la toco: ejercito muerte.

Siempre el impacto de la soledad y de la muerte lo sacudirá, atravesándolo como una espada, anegando su espíritu. La vida es una desoladora nada, una desaparición inevitable, que se disuelve al fuego de los instantes fieramente multiplicados:

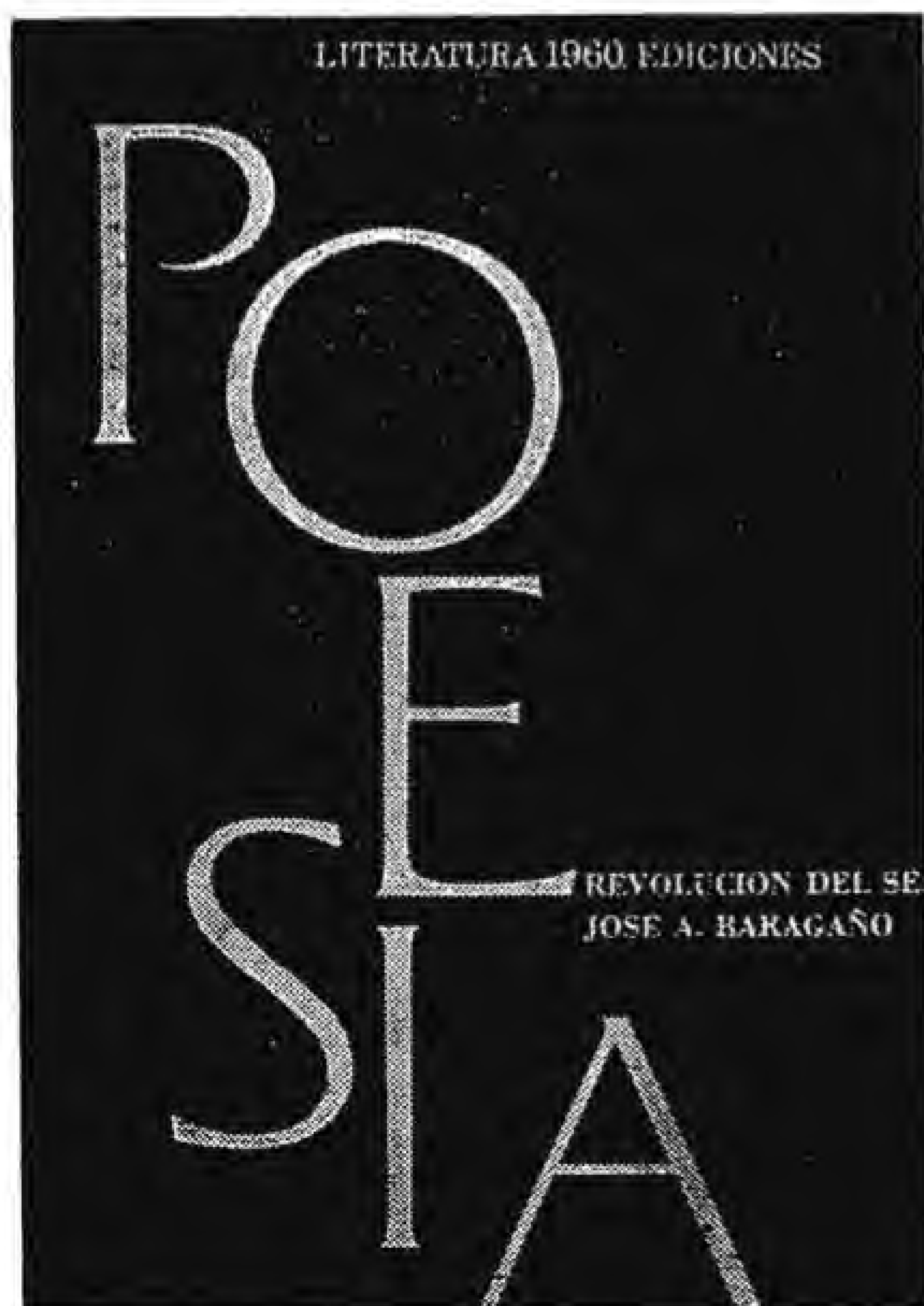
Morirán mis años como mariposas
Fuego agua viento labios
Digo lo que digo
Mis años arden al sol de mis palabras

La revolución ha sido siempre una posibilidad soñada por los poetas, pues ella es la única capaz de liberar al hombre de sus desesperaciones seculares. La historia ha proyectado violentamente a los poetas sobre la sociedad: sembrando la revuelta, y engendrando la revolución, un propósito incansablemente perseguido.

Como dijimos, casi al principio de este trabajo, en la poesía de Baragaño está latente, en carne viva, la revuelta, enjugada de muy diversas formas, pero meridionalmente establecida. "Poesía, Revolución del Ser", confirma nuestro juicio:

Tan solo lo que toques con la pasión
Lo que beses con tus labios de fiebre
Lo que insultes a través de un velo
de sangre
Cuando tus dedos no temen

El puño del cuchillo



Incitación a la violencia y desenfrenada disposición al combate:

Que no hay no pudo haber
Para el hombre más verdad
que el cuchillo bien empuñado

Estos poemas, escritos en 1955, adquieren un melancólico tono profético, a veces desgarrador:

Vendrán días de castigo
Vendrán crímenes y llantos

Imagen bélica:

Las sonoras banderas las tormentas

Hay un hacinamiento imaginario de los caídos y de las heroicas jornadas bajo el polvo:

Veo las pirámides de cabezas
y los soles muertos.

¿No eran los asesinos diseminados sobre la faz de la tierra de Cuba: "los rostros repartidos del verdugo?

Una visión atormentada:

Junto a los puertos y las islas
de Cuba Centro doloroso y la desgracia

Sin embargo, hay una visión profética del triunfo:

Nos ejecutará, prohibirá: vivir, soñar,
ser, y cuando
Nos haya opacado como todos
sus rostros, el polvo de
nuestros cadáveres lo ahogará

En su libro sobre Lam, Baragaño abogaba por la toma de una "nueva consciencia" nacional y confesaba que había dejado de interesarle la acción de la poesía en el mundo,, para interesarse por la poesía de la acción en el mundo".

El gran impacto de la revolución, estremeciendo totalmente las consciencias y por consiguiente provocando un vuelco definitivo en las mismas ha hecho posible aquellas aspiraciones. Baragaño es hoy día uno de los escritores más hondamente comprometidos con la Revolución Cubana. La profunda convulsión de su espíritu ante ese fenómeno nos impele a afirmar que resulta imposible que pueda sustraerse, en el futuro, a la influencia que sobre su poesía ejercerá este proceso transformador. Su doble determinación revolucionaria de "cambiar la vida" y "transformar el mundo" sólo es factible y encuentra un legítimo encauzamiento a través de la Revolución trascendente y permanente.

"Poesía, Revolución del Ser" es una larga desesperación del espíritu y, además, el propósito por alcanzar la libertad total del ser en un mundo materialmente liberado. Por tal motivo, ese extraño desplazamiento de los límites de la realidad resulta un esfuerzo por superar, con la poesía, el caos original que cerca al hombre en los tiempos podridos de la muerte. A la vez, el "pesimismo angustiado" y agresivo de algún poema es la sustancia que desata la inconformidad y el furor del poeta ante un mundo bañado por la mentira. "Poesía, Revolución del Ser" es un espejo de llamas que se levanta sobre la noche, penetrante y afilado, con voluntad transformador.

HIMNO A LA REVOLUCION

En mi mano lo que escribo
Alguien escribe ahora mi poema
(el pueblo del poema)
El poema que habla desde todos
Porque tengo mi poema secreto
El acanto rojo
Y la espalda de viento
Invandiendo las islas
Con la Revolución
Oid en el aire mi negro pabellón
Libertando los pájaros
Y las maniguas de terror
Bajo una medialuna sangrienta
Se meten los años en los sábados
Las narices en los ojos
Los vientos interminables
En las bocas de los toros
Y creo que creo mi poema
Hora de mi hora
Reparto de mis noches
Entre fantasmas amigos
Y muertos fraternales
Contra el sol rompe auroras
Contra el sol que cae de tajo
Como velamen de esperanza
El sol blanco del muerto vivo
Nos recuerda y nos canta
El sol amargo
La hora de la muerte
Frutal
Fundamental
A la entrada del nuevo mundo
Contra armas heladas
Los gavilanes del amor

Oh tú Revolución amada mía
Golpeo tus espaldas como un tambor
Para destruir la estructura de la muerte
Tú calor de hembra ni más ni menos
Bajo el impacto del amor
Eres el ala sobre el continente
Eres el continente del Eros
En la vida del pueblo
Entre llamas y tenazas
Tu ecuación de gritos y banderas
Por una lluvia
De pólvora y paredes
Que reciben la sangre
Revolución Revolución
Garganta para ese sol
Cal de la noche
Palabra del pueblo
Caricia contra el tiempo
Que unes la cabeza al estómago
El verbo con el hombre
Ni más ni menos
Como si nada de la nada al ser
Se rompen tus vestidos de verdad
Contra la necesidad
Tu palabra abierta como un viento de agujas
Como pezuñas de amor
Como tinta de realidad
Como crines como púas
Amorosas
Pisando tierra verdadera

Eramos el crimen contra el terror
Eramos la separación del hombre de su nombre
Eramos un árbol con un follaje de nada
Eramos la tierra árida el esqueleto
Pisado por las patas del tigre
Eramos el obrero a las puertas de la muerte
Eramos el campesino más muerto que vivo
Eramos los distritos del terror
La mano como una lámpara de miedo
Contra el canto contra el habla contra el cielo
Un ciclón hastío un ciclón de sombras
El miedo del hastío sombras
Haciéndose carne de tu carne hueso de tu hueso
En nuestro hueso roto
Por golpes y puñaladas
Eramos vituperio del hombre
Mentira del hombre
Cuerpos triturados
Nuestro espacio se corrompía
Bajo un tiempo de signos
Bajo signos de dolor
Heridos en todo lo vivo
Heridos a carne total
Nos habíamos tragado la tierra y sus muertos
A la desembocadura del Mississipi

Yo te hablo Revolución
Te hablo
Un río que es siempre el mismo río
En tu garganta blanca
En tus senos de pólvora
En tu sol blanco en tu mirada desde las Antillas

(fragmento)

Invadiendo el contine
Venciendo el contine
Pisando con tus pies ...andes de mujer salvaje
La tierra que es tier
Y es nuestra tierra
En un acto de amor ...lento
En un vencimiento d...mor
Sin el hombre puro ...ienado
Con tus cuchillos y ...iles
Sembrando
El algodón sembrand...la verdad
Nosotros que no ten...os bombas atómicas
Nosotros que no ten...os cohetes
Nosotros que apenas ...nocemos nuestros dientes
Nosotros que peleam... con la muerte
Contra la muerte
Nosotros que no diri...nos la guerra ni la paz
Que hacemos nuestr...uerra y nuestra paz
Nosotros que sólo en...ñamos
Nuestro coraje
Nosotros que no ten...os más lugar bajo el sol
Que nuestro sol
Nosotros que no ma...nos negros que no desintegramos el átomo
Nosotros que no hem... mandado a nadie pero que muchos nos han mandado
YO GRITO REVOLU...ION
Mi Revolución para ...ertar al hombre de su estómago
Que crece y se traga
El corazón y la cabe
Para libertar al hom... de su cabeza
Que crece y quiere ...arse los brazos
Ojos inmensos del e...avo
Atado al animal
Ojos inmensos de es...o que trabajó siempre una hora de más
Para reventar el rel...con mi sangre
Para liberar el límit...e mi sangre

Frente a Panamá
Yo grito Revolución
Porque mi mano esc...e mi poema con el pájaro flecha con el pájaro sol
Con el átomo y el es...o
Arrastrando mi cuer... hacia la palabra
Haciéndome articula...o siendo la palabra Revolución

YO GRITO REVOLU...ION
Desde la Sierra Mae...o
Desde las calles am...s de La Habana
Ardiendo en el acei...egro
En las explosiones
La voz del silencio ...z del cuerpo y del sexo

Yo grito: REVOLUC...N
Cavando mi tumba ...i trinchera
Mi surco y mi cuerp
En la libertad del oj... de la mano
Sin permiso de nadi
Yo grito Revolución
Frente al collar de ...ras de Haití
Junto a las argollas ...gras de Martinica
Cuando mi mano ag...a la mano del hermano
Ahogado en sombras
Comiéndome mi mu...e y la de ellos
Besado por el diente... la vida
Antes del bandido y ...us tortugas
Entre velas blancas ...gre en las quillas

YO grito Revolución

Revolución te grito
Total y abierta
Como tu nombre
Trágame en la noche ...l mundo
Como una tierra sin ...ces
Como un espejo más ...ndo que tu nombre
Mis escuadras son t...árpados dormidos
Mis poderes tus ma... tus palomas
Quebradas en las p...ras de fuerza y amor
Tus palabras sobre ...tierra
Te veo en mí y sobr...mi
Contra las mutilacio... del hombre
YO GRITO REVOL...ION

Revolución con tus ...s cubiertos por tu sueño
Ves el color de tu sa...re
A mitad de tu cuerp
En la vida total co... tu vida

El amo y ...erdugo
La cabeza ... estómago
El estómag...in cabeza
Hacia mu... muerte
De los cam...inos y el obrero
Condenad...a muerte
El pueblo ...parado del pueblo
Por la ...uerte

El amo y el verdugo
Nuestra mala conciencia
Nuestra alienación la pura alienación
Un hombre sin el hombre
Un hombre solo sin hombre
El amo y el verdugo
En la desembocadura del Mississipi
El libre cambio del terror
La libre empresa del asesinato
El trabajo y el capital de la muerte
Siempre contra el pueblo

Hermana Revolución
Nuestra verdad tiene puntería
Para romper el esqueleto de los tanques
Para medir el crimen en su justo medio
Para tener razón
Para precipitar en el vacío al gran imperio
Para hacer cenizas al imperio
Para separar la carne del hueso
Para vaciarle las venas al imperio
Para derr... en sangre al imperio

Amada Revolución
Erguida frente al Mississipi
Bajo tu cabeza el continente
Serás estaño en Bolivia
Serás puñal en las pampas
Serás carbón en Venezuela
Serás agua en Brasil
Serás el elemento que falta
Llenarás el útero de América
Llenarás los riñones de la emancipación
Degollarás fusilarás sembrarás al hombre en la tierra
El hombre para el hombre
La cabeza para el estómago y las manos
Las manos para la cabeza y el estómago

Hermana Revolución
Los pueblos de América
La dispersión y la unidad
Bajo tu práctica
Reventando los límites del imperio
Asesinando al imperio
Devorando al imperio
Entrando por el río negro del Mississipi
Sin desintegrar el átomo
Desintegrando al imperio
Con tus espaldas de púas
Con tus senos de fuego
Con tus labios de agua
Como si el agua y el fuego y el aire
En tus riñones de libertad
En tu libertad contra la necesidad
En el trabajo de tu libertad
Sobre los límites del imperio
Sangre y fuego

Como si nada
Ni más ni menos
Eramos la muerte
Eramos el sueño
Eramos el placer
Eramos la nada de la nada
Alojando al pueblo
La alienación del pueblo
La alienación pura
La palabra y el decir truncos
A las puertas del imperio

Amada Revolución
Tu cuerpo no ocupa mi boca ni mis manos
Es carbón en mi carbón
Y hombre en el hombre
Eres lo que es rompiendo
Las aguas
Liberando océanos de fuego
Liberando la pelambre del amo y del siervo
Soltando las amarras del pueblo
Midiendo al hombre
Tu palabra
TE AMO
Toda primavera
Toda cuerpo bestial
Toda elemento
Toda verdad de la verdad
Como un toro incendiando las praderas
Bajo el cielo
Como un nombre de fuego
Entre tus dientes
Demembrarás destruirás al imperio
Ahora o mañana
Como si nada
Ni más ni menos
Golpeando las puertas del imperio
Por tus muertos
Dándole a comer tu nada
Al vientre del Imperio.

por JOSE A. BARAGAÑO

LA PRIMERA INTERVENCION YANQUI EN AMERICA LATINA

por DANIEL ARTY

En la extremidad oriental de la isla de Haití hay una península llamada Samaná. No abarca más de 30 millas de largo por 10 de ancho. Pero, su puerto es uno de los más seguros del Mar de las Antillas. Debido a esto, ella despertó, en el siglo pasado, voraces apetitos. Las armadas de las grandes potencias la escogieron como un punto de escala, un abrigo incomparable y una posición ideal para reabastecerse de combustible.

La historia de Samaná comprende dos épocas. La primera se sitúa hacia la mitad del siglo último, cuando los habitantes del Este (actualmente República Dominicana) se sublevaron contra la dominación haitiana (1843), aprovechándose de una grave crisis interna. Samaná fue entonces objeto de una sorda competencia entre Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

Las tres potencias intervinieron en el conflicto con el interés evidente de apoderarse de la joven presa, aunque invocando altas consideraciones morales y humanitarias. Como los Estados Unidos no eran todavía una potencia naval y militar, no podían chocar de frente con la fuerza combinada de Francia e Inglaterra que celebraban la nueva era de la "bonne entente". La historia de Samaná se sitúa, por tanto, en sus comienzos, en el cuadro de las grandes rivalidades imperialistas del mundo.

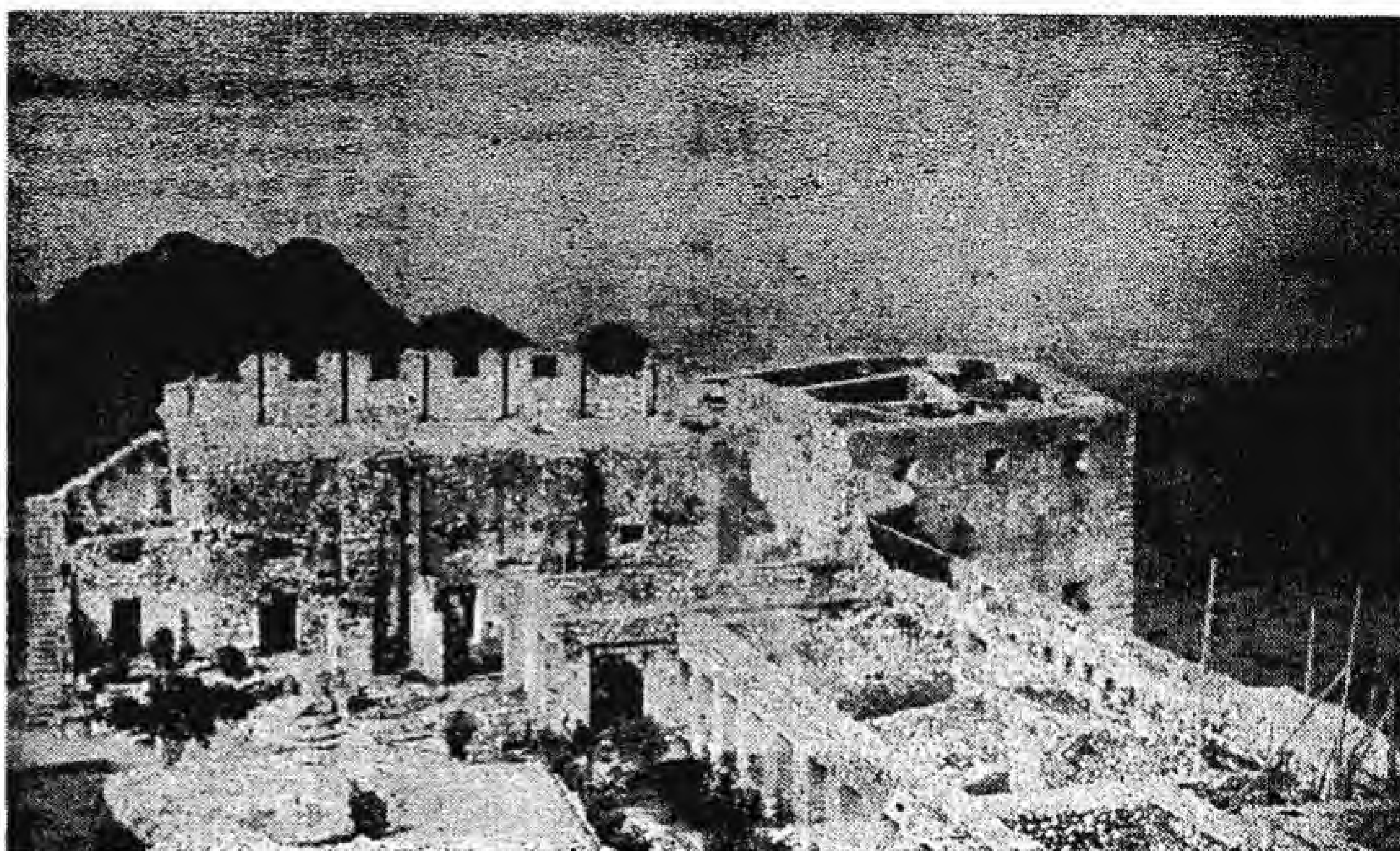
La segunda época comprende los años que siguen a la guerra de Secesión. Los norteamericanos adquirieron confianza en sí mismos, en sus sueños de conquistas y aventuras coloniales. En la euforia de la victoria, dirigentes como Johnson y Grant quisieron extender las fronteras de la patria más allá de la tierra firme, siendo alentados en esta "política de grandeza" por una caterva de aventureros, desertores del ejército, que en tiempos de paz no podían encontrar mas trabajo que en negocios sucios. En el curso de esta segunda época, Samaná no sería más que un capítulo del delirio expansionista de los Estados Unidos. Pero, antes de llegar a las peripecias que forman la trama de este escandaloso asunto, será oportuno echar una ojeada histórica sobre el país que va a ser escenario de la lucha.

Por el Tratado de Bale (1795), España había cedido a Francia la parte oriental de Haití (hoy República Dominicana). Pero, no fue sino hasta 1801, bajo el régimen de Toussain-Louverture, que tuvo lugar efectivamente la unidad política de la Isla. A la terminación de la Paz de Amiens (1802), Bonaparte, alertado por los colonizadores, quiso recuperar su dominio por la fuerza, para lo cual envió una fuerte expedición comandada por su cuñado, el General Leclerc. Louverture fue llevado a una trampa, siendo deportado a Francia, donde murió poco tiempo después. El ejército haitiano, bajo la jefatura de Dessalines, prosiguió la lucha, derrotando a las fuerzas metropolitanas y proclamando la independencia de la parte occidental de la isla en 1804.

Débiles guarniciones francesas se habían mantenido en el Este, particularmente en Santo Domingo, bajo el comando del General Ferrand. Cuando se produjo el levantamiento español de 1809 —que tuvo sus repercusiones en el Este— los haitianos acudieron al llamamiento de sus vecinos y los ayudaron a expulsar a los franceses del territorio. En 1822, se constituyó en Santo Domingo un partido insurgente, que preconizaba la anexión del Este a la Gran Colombia. El movimiento tuvo pocas adhesiones. En muchas regiones, los habitantes izaban la bandera haitiana. Para responder al clamor de las poblaciones y evadir toda amenaza a nuestra soberanía, el Presidente Boyer, de Haití, realizó una vez más la unidad política de la Isla, pero en 1843, después de la convulsión popular que puso término a su régimen de veinticinco años, surgió una Junta Separatista en Santo Domingo. Los hombres que asumieron la dirección del movimiento —los Santana, los Báez— quisieron instalarse bajo la tutela de una gran potencia. Inglaterra, Francia y los Estados Unidos no ambicionaban menos. Pero, como ellos codiciaban la presa por igual, ninguna pudo realizar sus designios.

En el mes de Diciembre de 1844, el enviado dominicano Caminero expuso en términos quejumbrosos al negrófobo John Calhoun, Secretario de Estado norteamericano, los sufrimientos de "los blancos dominicanos", bajo la opresión y vejaciones de los negros de Haití. Habló con melancolía de la abolición de la esclavitud proclamada en 1822 por los haitianos en el Este de la Isla, medida que, conforme a sus propias palabras, provocó un "desajuste general de las costumbres así como de los principios de la vida social a la que los habitantes españoles estaban originalmente acostumbrados".

El Ministro Calhoun acogió con benevolencia las lamentaciones de "sus hermanos blancos". (La abolición de la esclavitud había sido tan bien recibida en el Este de la Isla, que seis meses atrás, en los momentos en que tramaban devolver el territorio a manos de Francia, los hombres de la Junta se refugiaron en los Consulados, bajo la amenaza del nacionalista Duarte y de las tropas negras del patriota Puello, y de toda la población que los acusaba de tramar con los agentes franceses el restablecimiento de la servidumbre). En un segundo mensaje, el agente dominicano solicitó la ayuda del Departamento de Estado contra "los enemigos del género humano". Calhoun le hizo saber que, de acuerdo a la costum-



La ciudadela del rey Cristóbal

bre, se designaría un comisionado para investigar la situación dominicana.

El Presidente Taylor encargó a Mr. John Hogan de esta misión. El comisionado llegó a Santo Domingo a mediados de 1845, y el 4 de Octubre, dirigía su informe al Departamento de Estado, poniendo particular énfasis en los grandes recursos marítimos que ofrecía el territorio del Este para la escala de los navíos. Los demás agentes que le siguieron —Francis Harrisson, Jonathan Eliott— también atrajeron la atención de su gobierno sobre el valor estratégico de Samaná. Desde Mayo de 1846, en vísperas del conflicto entre los Estados Unidos y México, ya la marina norteamericana comenzaba a hacer sondeos.

El más importante de estos agentes norteamericanos, Mr. Benjamín Green, llegó a la Isla a comienzos de Mayo de 1849. El ejército haitiano bajo la jefatura del Presidente Soulouque, atacaba el territorio del Este. El Congreso Nacional, "como una rápida y primera medida", había colocado el país bajo la alta protección de Francia, sin preocuparse siquiera de comunicárselo. Green, en esta ocasión, escribió a Clayton, el Secretario de Estado Norteamericano, con ironía: "hasta el católico más recalcitrante aceptaría la protección de los judíos, de los infieles o los turcos, antes que volver a caer bajo la dominación haitiana". En el curso de una entrevista con el Ministro dominicano de Asuntos Extranjeros, Manuel Delmonte, el agente norteamericano intentó probarle que Inglaterra y Francia nunca habían establecido, en sus posesiones de las Antillas, instituciones favorables a los pueblos de las colonias. El Ministro dominicano le preguntó entonces a quemarropa si los Estados Unidos no podrían, en tales condiciones, asumir la tutela. Como las tres potencias se vigilaban estrechamente, Green no pudo en aquel instante dar más que una respuesta evasiva a la proposición.

Al mismo tiempo, escribió al Departamento de Estado para sugerir al Gobierno norteamericano la adquisición de una base estratégica en la región. Pero, como entre los norteamericanos, el idealismo y el sentido de los negocios van siempre de la mano, Green expuso sus consideraciones estratégicas en un discurso más elevado sobre los destinos de la raza blanca en la cuenca del Caribe. Añadió, pues, que el prestigio del blanco era tan grande en el país dominicano que todo el mundo quería hacerse pasar por blanco. En consecuencia, él pensaba que era preciso ayudar a aquel pueblo, "no tanto en beneficio de (nuestros) intereses comerciales como a causa de la cuestión real que era el meollo de la lucha, a saber, el puesto que correspondía a la raza blanca en la Isla... El objeto de esta guerra es el establecimiento de una nación de pura raza negra en esta isla. Ella sería el nucleo de un imperio negro que se extendería por todas las Antillas..."

Afirmaba que la reconquista del territorio dominicano no era sino la primera etapa del proyecto, y que rápidamente los haitianos significarían para los norteamericanos tanto mal en Cuba (?) y Puerto Rico (?) como en sus propios Estados del Sur.

El farisaísmo norteamericano tendría en lo adelante un buen pretexto: ante esta perspectiva abominable de un imperio negro en el corazón de las Américas, Washington buscaría un procedimiento colectivo de intervenir en el conflicto. El 1o. de Marzo de 1850, el Secretario de Estado, Clayton, informaba a Henry Bulwer, Ministro de la Gran Bretaña en Washington, que "los blancos americanos extendían su simpatía a los blancos dominicanos envueltos en esta lucha y que se sentiría dichoso de ver a los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia asociarse para ordenar el cese de las hostilidades entre las dos razas"... (?) Lord Normandy, Embajador de Gran Bretaña en París, fue encargado por el Foreign Office, de solicitar los buenos oficios de las Tullerías "para impedir que los haitianos efectuaran nuevos ataques contra los dominicanos". Después, tras


¿Hasta cuando los explotarán?

HAITI
ROADS AND PRINCIPAL LOCALITIES
MENTIONED IN THIS BOOK
ATLANTIC OCEAN
GOLFE DE LA GONAVE
PLATEAU CENTRALE
CARIBBEAN SEA
PORT-AU-PRINCE
CAP HAITIEN

una respuesta favorable del Quai d'Orsay, Lord Palmerston, jefe de la diplomacia inglesa, hizo saber al Departamento de Estado que su proyecto de mediación había sido bien recibido por los gabinetes inglés y francés.

Pronto, se evidenció que los Estados Unidos habían solicitado los buenos oficios de las otras potencias para calmar su desconfianza. Las conversaciones se desarrollaron en un clima suspicaz. El agente Green rehusó seguir los pasos de los representantes inglés y francés. Un agente comercial tenía la misión de firmar el ultimátum por el cual "los abajo firmantes" informaban al gobierno haitiano que "sus respectivos gobiernos deseaban que renunciara a toda invasión del territorio antiguamente perteneciente a España" (18 de Junio de 1850).

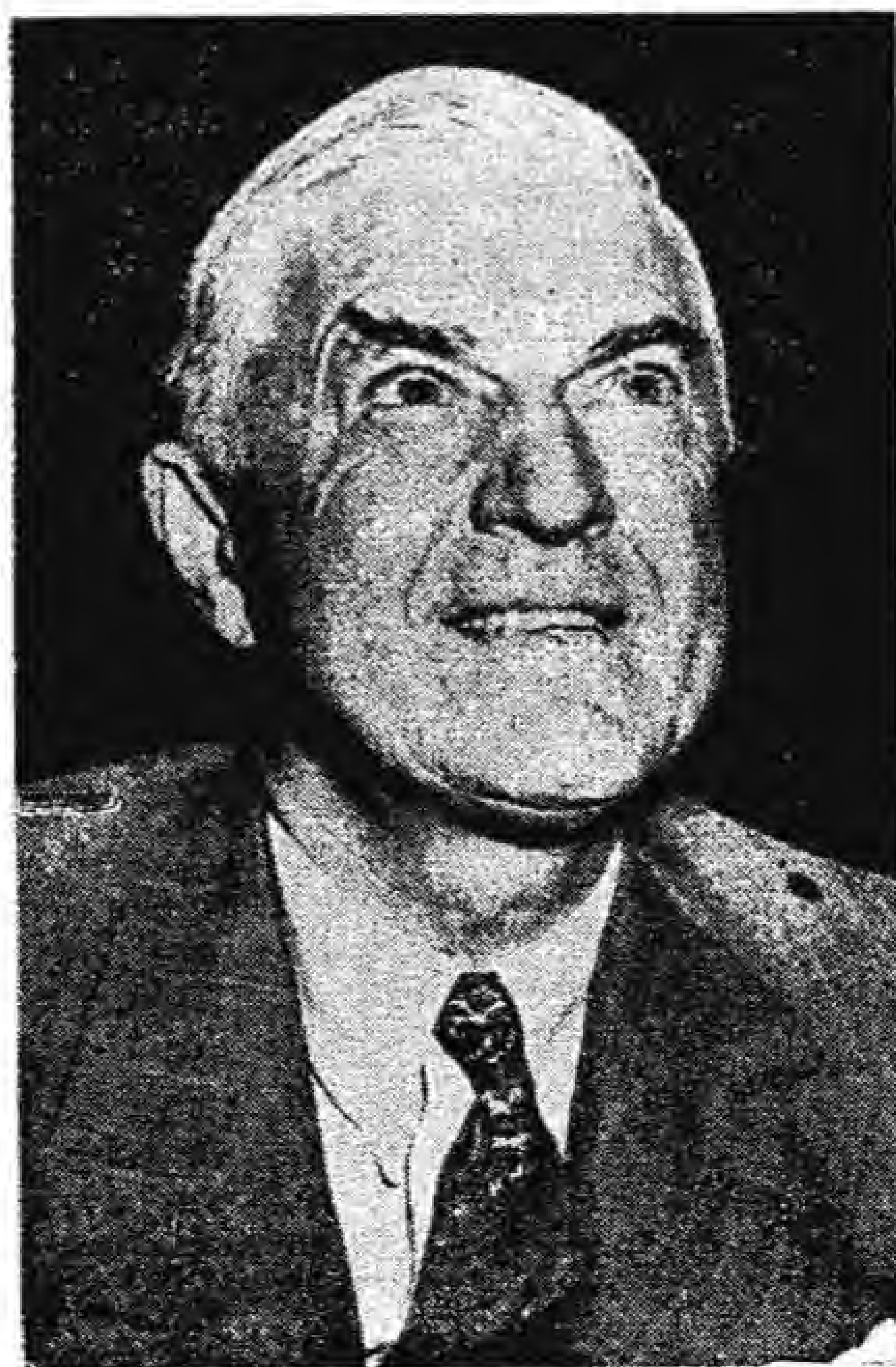
El gobierno haitiano no se tomó el trabajo de responder a esta nota conminatoria. Los agentes extranjeros insistieron tanto en solicitar una audiencia y en reclamar al menos una tregua, que el Ministro de Relaciones Exteriores, Dufresne, les hizo saber, por fin, que las hostilidades se suspenderían hasta el 30 de Septiembre, pero que en ningún caso podría considerarse la cuestión de renunciar a una mitad territorial que era la garantía de la nacionalidad haitiana. Las potencias mediadoras amenazaron al Gobierno de Port-au-Prince con un bloqueo colectivo. El agente inglés llegó hasta agitar el fantasma de una expedición punitiva de "Europa". Soulouque le respondió, sonriendo, que "nada podría servir mejor a sus planes que un desembarco de fuerzas extranjeras sobre el suelo de la patria; que en este caso la nación entera se levantaría en masa para rechazar al invasor".

Una vez terminada la misión, los tres agentes partieron en el mismo barco y, según el testimonio de Sir Henry Bulwer que habló con ellos en Washington, el francés estaba impregnado de un profundo odio nacional contra los haitianos, mientras el norteamericano estaba dominado por una negrofobia propia de sus orígenes virginianos.

El agente Green, por su parte, había sido encargado de una misión especial. En el mes de Julio de 1850, algunos miembros del Congreso planteaban una acción coercitiva contra Haití. El Presidente, por resoluciones dictadas, era autorizado a organizar una expedición marítima para satisfacer las reclamaciones de los mercaderes norteamericanos que se remontaban a 1810, y rechazadas por el Gobierno Haitiano. Se trataba, como puede verse, de una vieja historia: una casa de Baltimore había obrado con negligencia en servir una orden destinada para uso público, y Christophe, que mandaba en aquella época en el Norte del país, encargó a una comisión integrada por comerciantes extranjeros que verificara el activo de las casas norteamericanas establecidas en su reinado, para resarcirse de la suma que adeudaba la casa de Baltimore y restituirla a Haití. Este asunto fue exhumado y se quiso utilizarlo para intimidar a Haití. Daniel Webster protestó en esta ocasión de que la fuerza pública no podía movilizarse para solventar cuestiones privadas. No obstante, cuando el propio Webster se vió a cargo de la Secretaría de Estado, bajo el Gobierno de Fillmore, aprobó, sin escrúpulo alguno, las instrucciones. Green debía presentarse en un barco de guerra, exigir el cumplimiento inmediato de las reclamaciones, e informar al Gobierno haitiano que los Estados Unidos pondrían fin al litigio por la fuerza. Green se presentó en efecto, en el "Vixen" escoltado por otras dos unidades de la marina de guerra norteamericana, el "Albany" y el "Germantown". Las reclamaciones se elevaban a 500,000 dólares. La Cancillería haitiana permaneció imperturbable. No hizo caso de tales exigencias pecuniarias y se limitó a responder que la Constitución garantizaba la unidad territorial y que las cuestiones de política doméstica sólo podían resolverse en familia.



Magloire y Trujillo, dos hechuras de Washington, se encuentran en la frontera. La tensión entre los dos países ha sido mantenida y explotada por el Departamento de Estado, como se verá en este artículo.



William Clayton

Con la misión de William Cazneau, un vulgar aventurero, comprometido ya en otras sucias historias, los Estados Unidos manifestaron abiertamente su intención de tomar para ellos solos tan codiciada presa. Nombrado el 2 de Noviembre de 1853, bajo el Gobierno de Pierce, el nuevo agente dirigió su primer informe al Secretario de Estado, William Marcy, el 23 de Enero de 1854. Le decía que "Haití no concede derechos de nacionalidad a los blancos, que no permitiría a inmigrantes blancos establecerse en sus vastas tierras (?) para cultivarlas, ni los autorizaría a explotar sus minas vírgenes". Por el contrario, él confiaba en obtener grandes ventajas de los dominicanos que sí favorecían la inmigración.

Después de una breve estancia en Washington, Cazneau regresó a Santo Domingo para negociar con los dominicanos un Tratado de Comercio y de Amistad, cuyo artículo 28 otorgaba derecho a los Estados Unidos de establecer un depósito de carbón en la península de Samaná. El "Columbia", de la marina de guerra norteamericana, comenzó a efectuar exploraciones y sondeos. Pero, como en la época en que los hombres de la Junta habían querido enarbolar los colores franceses, el pueblo acusó al Presidente Santana de traición. Se le señaló el intento de complotarse con los norteamericanos para restablecer la esclavitud.

Inglaterra y Francia intervinie-

ron, naturalmente, en los debates. El "Devastation", así como otras numerosas unidades de guerra de la marina británica hicieron su aparición en Samaná para seguir de cerca las maniobras norteamericanas. El cónsul de Francia, dirigió representaciones verbales al Ministro dominicano de asuntos extranjeros. Por su parte el cónsul de Gran Bretaña, le hizo saber, siguiendo instrucciones de Lord Clarendon, nuevo Secretario de Estado en el Foreign Office, que el Gabinete de Su Majestad constataba con sorpresa que a pesar de los avisos de Francia y de Inglaterra, el Gobierno de Santo Domingo había concluído un Tratado que ponía en peligro la seguridad y el bienestar del pueblo dominicano. Después los dos cónsules dirigieron conjuntamente un memorándum confidencial a Santana prohibiéndole: 1) enajenar, arrendar, hipotecar, transferir, ya fuera temporal o permanentemente, no importa qué parte del territorio y en particular de Samaná, en favor de ningún Estado, cualquiera que fuese; 2) enajenar en favor de Estado alguno la soberanía nacional: 3) acordar con ningún gobierno, cualquiera que fuese, el derecho de establecer bases navales.

De esta forma, las dos potencias que en principio se proclamaban inspiradas en altos y nobles preocupaciones humanitarias pretendían desinteresarse en lo adelante de la suerte de los dominicanos. Amenazaron aún con abandonarlos a merced de los haitianos si rehusaban suscribir sus condiciones.

El agente norteamericano se horrorizó. Habló solemnemente del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. En una nota fechada el 17 de Noviembre de 1854, acusaba a sus dos colegas de que "por medios diversos, pero sobre todo con la amenaza de las fuerzas desplegadas ante la capital, habían entorpecido y controlado la libre acción de la República Dominicana en sus relaciones con los Estados Unidos". Formuló una protesta contra "esta injustificable usurpación de los derechos soberanos de una nación americana". Hizo patente la determinación de su país de oponerse a toda medida que tendiera a someter a un pueblo americano a la voluntad arbitraria de una potencia extranjera", etc. Para terminar, afirmó que "los Estados Unidos no exceptuaban ningún estado en lo que concernía a la realización de este principio inmutable del sistema americano".

Es preciso recordarlo aquí: con la difusión de la famosa doctrina del "destino manifiesto" que vino a reafirmar la interpretación de la Doctrina Monroe, tal y como Polk la había formulado, el Gobierno de Pierce concertó abiertamente las apetencias imperialistas que se habían manifestado ya en aquella empresa de bandidos que fue la guerra contra México. Los dirigentes norteamericanos apoyaron por esta época las incursiones del filibustero Walker, en Honduras y Nicaragua. Esta siniestra comedia había sido coronada por el desconcertante Manifiesto de Ostende, donde los representantes de Pierce reclamaron a Cuba, en el mismo momento en que Cazneau intentaba apoderarse de Samaná. Los Estados Unidos aprovecharon el instante en que Francia e Inglaterra se encontraban envueltas en la guerra de Crimea para lanzar una ofensiva de pillaje del más alto estilo.

La misión Cazneau terminó, pues, en el fracaso. Además de la alarma de la opinión pública dominicana y la intervención de Francia e Inglaterra, otra fuerza vino a pronunciarse con vehemencia contra la anexión. Era la víspera de la guerra de Secesión. La campaña abolicionista crecía en los Estados Unidos. El Congreso acababa de aprobar "la ley sobre los esclavos fugitivos", que permitía darles caza en los Estados del Norte. Esta odiosa legislación había provocado tan enérgicas protestas que el Presidente Pierce [illegible]encia hasta el punto de declarar fuera de la ley a los antiesclavistas. La prensa oposicionista se agarró del "affaire" de Samaná para combatirlo mejor. Y fustigó al Gobierno que para satisfacer los objetivos anexionistas se erigía en Mesías de la raza blanca. En su edición del 2 de Septiembre de 1854, el "Evening Post" publicó la genealogía de los miembros más importantes del Gobierno y del ejército dominicano (22 generales y 17 coroneles) y reveló a quienes pretendían ignorarlo, que todos ellos eran negros. Hizo notar que el Presidente Santana era hijo de un esclavo de Hinche, pequeña localidad fronteriza, y que Báez, otro jefe dominicano, era un negro tanto por la línea paterna como por la materna. Para terminar, señaló que en diferentes etapas, particularmente cuando la intervención de Louverture, después de Boyer en el Este de la Isla, la gran mayoría de la población blanca se había ido. El falso Mesías había sido desenmascarado.

Así terminó la primera época de Samaná. Los Estados Unidos, forzados por su grave crisis interna, debieron olvidar por un tiempo la joven presa que les había sido arrebatada. Haití continuó atacando a su vecina. Pero a la larga, el conflicto se hizo impopular en la opinión pública. Los soldados, muy influídos por las ideas igualitarias, no comprendían bien, desde el comienzo de las hostilidades, por qué se les ordenaba disparar contra sus hermanos. La burguesía no quería seguir sacrificando a sus hijos en las lejanas provincias. Los haitianos, negados siempre a reconocer la independencia dominicana, terminaron por conceder una tregua de cinco años en 1861. Santana se aprovechó para dar un golpe que venía madurando desde 1843. Entregó su país a un cuarto pretendiente que se había mantenido modestamente al margen de la competencia: España. En nombre del derecho de los pueblos de disponer de sí mismos, los Estados Unidos, reducidos a la impotencia, formularon una protesta formal. Igual que habían sabido aprovecharse de la Guerra de Crimea, para perpetrar en América Central y en las Antillas sus actos de bandidaje, Inglaterra y Francia les hicieron ver que ellas eran las maestras del método, y que no aceptaban lecciones de un aficionado. En consecuencia, aprobaron el golpe a favor de la Corona de España. Durante los cuatro años que duró la ocupación española, la página de Samaná sería provisionalmente doblada.



Arte popular en plena acera

a partir de cero

Lectores y posibles colaboradores me han preguntado si A PARTIR DE CERO "no va más". Hacen la pregunta basándose en que la Sección no aparece desde un mes a la fecha. Sólo ha sido una interrupción momentánea con motivo de los números extraordinarios dedicados al negro en Estados Unidos, al pueblo de Puerto Rico, a la República Española y el número doble al 26 de Julio, números cuya importancia no hay que subrayar y ante los que supeditamos cualquier otra actividad puramente literaria.

Con este número y con dos cuentos uno titulado *La Cueva de los Ogros* (autor M. Fernández, de Cienfuegos), y otro *Un adiós a Dios* (autor Julio A. Sánchez, de La Habana) reanudamos, en lo posible, la publicación de la gente que parte de cero.

Al mismo tiempo *Lunes* se propone editar todo un número dedicado A PARTIR DE CERO, es decir cuarenta páginas conteniendo poemas, cuentos, teatro, etc., de los jóvenes escritores.

Una vez más rogamos que los autores aclaren con todas sus letras sus nombres y apellidos. Igualmente avisamos que LUNES paga las colaboraciones y que aquellos que no se han acercado todavía al pagador pueden hacerlo cuando gusten.

V. P.



Te lo digo sin [illegible] de ofenderte, pero muchacho: ¡Mira que tu hablas basura! Te leiste dos [illegible] quince días a la Universidad, y ya te crees que sabes por dónde le entra el agua al coco. Hoy te has pasado media mañana hablando de Dios como si tú y El fueran compinches; viejos amigos que se confían todas sus intimidades. Tu suerte ha sido este aguacero, porque de lo contrario ya me hubiera marchado... es que a mí no me gusta hablar de religión y tu me estás provocando. ¿Sabes por qué no me gusta? Porque estimo que sobre este tema no es necesario discutir, ya que generalmente el asunto no trasciende y cada cual puede opinar a su antojo sin hacer daño al prójimo. Salvo, claro está, tipos como tú que se dejan llenar la cabeza de prejuicios y luego se le paran delante a uno a repetirle de carretilla veinte tonterías, con aire doctoral y todo compungidos. Así que, tómate el café antes de que se te enfríe y acerca aquel sillón, que en tanto escampa te voy a hacer un cuento.

Mira: yo conocí una vez a un viejo; Artemio creo que se llamaba, o Altemio; no recuerdo bien. . Caballeros; ¡ese viejo era el demonio!... Bueno... el asunto es que al viejo Artemio nunca le fueron bien las cosas, y no fue sino después de mucho trabajo que consiguió una finquita que le arrendaron por poca cosa. Y es que la finquita no servía para nada; estaba en unas lometas de perdigón, tan dura la tierra que no le entraba el arado, y si llovía, a la media hora estaba tan seca como en invierno. Pero ya te he dicho que el viejo era el diablo y no sé cómo se las arregló, pero chapeó "Las Codornices"; hizo una casita; sembró caña y frutos menores, y no te digo que bien, pero el viejo vivía de su esfuerzo. Al poco tiempo ya tenía una mujer en la casa.

No pienses que le fue fácil, en primer lugar porque nada nunca le resultó fácil al viejo Artemio. Ese cristiano trabajó como un esclavo; se levantaba de madrugada, enyugaba los bueyes, y la mayor parte de las veces se iba a trabajar sin tomar ni café. Al llegar la noche apenas si le alcanzaban las fuerzas para lavarse y comer algo, antes de caer rendido en la cama. Si le dabas la mano al viejo te parecía que estrechabas un mango de guataca, porque no tenía más que callos en las manos de tanto trabajar.

Así, mientras Artemio se sacrificó, "Las Codornices" florecieron y dieron fruto como un huerto; la mano y la voluntad de un hombre la obligaban. La tierra, que sabía que el viejo era capaz de comerse aquel árido pedazo de terreno, decidió portarse bien con él, pero en venganza nunca le dió tranquilidad y si Artemio se hubiera alejado de allí por tres días... la maldita hierba hubiera resucitado porque estaba agazapada, esperando. Era una labor que nunca terminaba.

Llevaba ya algunos años Artemio en "Las Codornices" y era bien conocida su tenacidad por la zona, cuando alguien le ofreció, a negocio, un pedacito de tierra al margen del río. La capa vegetal estaba oculta por un marabú más alto que dos hombres, pero Artemio había escarbado y descubierto una tierra virgen y negra, fértil y rica que pedía solamente el poco de trabajo que su acomodado propietario no estaba dispuesto a darle. Era un suelo bendito para el arroz y si le podía sacar un par de cosechas a aquellos cien cordeles... pues valía la pena pasar un poco de trabajo desmontando.

¿Un poco de trabajo? Te digo que hay que reírse de las cosas de este viejo, porque la finquita del río estaba a una buena hora a caballo de "Las Codornices", y ésta no se podía desatender, pero la obstinación y la constancia del viejo Artemio, hicieron multiplicar las horas del día; al cabo de seis meses había acabado con el marabú, quemado los troncos, extinguido la hierba Santa Juana que estaba ensemillada, y con el principio de las aguas podría sembrarse el arroz. Si el año no era de mucha seca y si el río no se desbordaba como el año anterior, al viejo le iba a quedar el "arroz libre"; como solía decir.

Un domingo, (por el almanaque, ya que a los efectos del trabajo todos los días eran iguales para el viejo), se levantó temprano, ensilló la yegua y partió para el río a darle una vuelta a su tierrita. Te aclaro que el río no era gran cosa y menos en la seca; apenas si tendría unos diez metros de ancho y por el paso se podía cruzar a caballo sin mojar los estribos. Cuando a Artemio se le ocurría irle a